

Crónica de ambos Mundos.

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO

AÑO II.

DOMINGO, 10 DE MARZO DE 1861.

NÚM. 5.

SUMARIO.

Crónica general. — Discursos académicos, por D. Francisco Javier Simonet. — La pintura en España durante el reinado de Felipe IV, por D. E. V. — Correspondencia extranjera, por D. J. Bazan. — ¿Pueden los gobiernos disponer de los bienes de la Iglesia? — El Bálsamo de las penas, por Doña Angela Grassi.

CRÓNICA GENERAL.

I.

Los debates de la Cámara popular han versado, en el tiempo transcurrido desde nuestro último número, sobre sucesos y cuestiones de la mas alta importancia.

Varios artículos del por tantos conceptos célebre proyecto de ley de gobierno de las provincias, han sido aprobados por la mayoría, á pesar de que casi siempre resultaba de la discusion que era de todo punto inconveniente lo que el gobierno pretendia. Entre ellos figura en primer término el que faculta á los gobernadores de las provincias para nombrar subdelegados, que fué una de las causas originarias de la crisis porque pasó el ministerio, y aun del peligro inminente en que se vió la union liberal de quedarse sin los ex-progresistas, por otro nombre resellados, y de caminar á su disolucion.

Verdad es, que si llegó á ser aprobado, sufrió en cambio modificaciones tan importantes, que casi podrán, en circunstancias dadas, desvirtuar su efecto. Así se ha ejecutado el convenio que celebraron los moderados y progresistas de la union, y que logró conjurar la crisis ministerial. Los primeros han cedido y otorgado á los segundos los paliativos que deseaban para acallar su asendereada conciencia. Una enmienda en que los antiguos progresistas proponian que los delegados que nombren los gobernadores hayan de ser escogidos entre los diputados y consejeros provinciales, ó empleados civiles de real nombramiento, que no tengan facultades resolutivas, que no cobren sueldos ni dietas de los presupuestos provinciales ni municipales, que no pueda durar su comision mas de sesenta dias, y que no sean enviados en épocas de elecciones, ni en los cuarenta dias anteriores á aquellos en que estas hubieren de verificarse, fué aprobada por la mayoría de uno y otro bando, y vino á ser la prenda de union de los que dias antes se miraban con desconfianza y enojo.

Aparte de esta, la mayoría ha sido intransigente con todas las demas enmiendas. Cuantas no se estipularon en el concordato unionista, fueron desechadas sin piedad. De ellas forma parte la que al art. 18 presentó la minoría progresista á fin de que se consignase en él que no era necesaria la autorizacion previa del gobier-

no para procesar á los gobernadores civiles por hechos referentes al ejercicio del cargo cuando equivalian á exacciones ilegales, falsificacion de las listas electorales, examen de multas en metálico, atentados contra la seguridad individual y violaciones de domicilio.

Imposible parece que ya que se cierran los ojos á la luz de la razon hasta el punto de admitir en principio la autorizacion previa, se lleve la tenacidad hasta el extremo de no tener por escepciones legítimas las consignadas en esta enmienda. Con singular tacto habia procurado la minoría progresista llevar el remedio á aquellos puntos que mas frecuentemente han puesto en evidencia en estos últimos tiempos lo inconveniente que es la necesidad de esas autorizaciones; pero la mayoría no ha juzgado oportuno acceder á su solicitud.

Con la nueva ley podrán ni mas ni menos que antes los gobernadores civiles falsificar las listas electorales, cometer toda clase de fraudes y coacciones para complacer al gobierno enviando al Congreso á sus recomendados, y atentar á la seguridad individual para facilitar la consecucion de sus propósitos, en la seguridad de que por ninguno de estos delitos habrán de sufrir pena, ni aun verse siquiera procesados, puesto que el gobierno á quien han servido cometiendo estos escesos, los servirá á la vez á ellos, negando la autorizacion cuando los tribunales se la pidan.

Es el mayor escarnio que puede hacerse de la justicia, poner á su accion una traba semejante. Todos conocemos, no uno, sino desgraciadamente muchos casos de la mas escandalosa impunidad de gravísimos delitos conseguida por este medio. Se ha visto y se continúa viendo á gobernadores civiles que despues de haber cometido toda suerte de delitos y desmanes para asegurar el triunfo de los candidatos que el gobierno les indicaba, se han librado de las justísimas querellas presentadas contra ellos por los que hicieron víctimas de sus atentados, por la negativa del gobierno á conceder la autorizacion que se le pedia. Mas aun; se ha visto, para que el escándalo llegase á su colmo, que á esa negativa seguia frecuentemente un ascenso ó una condecoracion para el criminal que burlaba la accion de la justicia.

La idea de un poder ejecutivo que en tales términos desconoce su mision, y que en vez de velar por la aplicacion de las leyes, sea el primero en facilitar su conclusion es en alto grado repugnante; y por desgracia esos hechos, con deplorable frecuencia repetidos, la hacen concebir en toda su repugnancia.

El principio de la autorizacion, no tiene el mas leve

fundamento. Esa llamada garantía que se quiere dar á los funcionarios públicos les es absolutamente innecesaria cuando no traspasan los límites de la ley. Quienes la necesitan no son los gobernantes contra los gobernados, á quienes subyugan é inhabilitan de causarles daños con el gran cúmulo de atribuciones que la administración pone en sus manos, sino estos de aquellos. Dársela equivale á despojar á los gobernados del único recurso que les queda contra los caprichos del que gobierna, acudir á los tribunales de justicia, donde cada cual obtiene lo que corresponde aun á despecho del poder.

La discusión de esta ley fué interrumpida por la suscitada á propósito de un discurso, verdadera série de insolencias contra España, que lord Palmerston se permitió pronunciar en la Cámara de los Comunes de la Gran Bretaña. Natural era que sobre un hecho de tal naturaleza se interpelase al gobierno, y el jefe de la minoría moderada se encargó de hacerlo, demostrando cuán inconveniente é injusto era el proceder del gobierno británico.

El nuestro, que agobiado de complicaciones en los asuntos exteriores, y con mucho que tapar en Méjico, en Venezuela, en Italia, en Marruecos y en lo referente á la nota del embajador francés al gabinete de París, sobre la conversacion que tuvo con el ministro de Estado, sentia entrar en debate, no tuvo mas remedio que quemar las naves y hacer ver que no era suya la culpa, si lord Palmerston habia tenido por conveniente lanzar aquella nube de insultos contra España, sino de este, que carecia absolutamente de motivo para hacer lo que nunca hubiera debido permitirse.

Frecuente es que los diputados británicos clamen contra la trata de negros, y mas frecuente aun, que los gobiernos procuren salir del paso, prorrumpiendo en denuestos contra España, cosa con la que se dan por satisfechos, sin razon alguna para ello; porque si á España pueden hacerse cargos porque no impide ese detestable comercio, ¿cuán mayores serán los que podrán hacerse á Inglaterra, que cuenta con mayores elementos que España, y que, sin embargo, no lo impide? ¿Por qué se pretende acriminar á España, porque con una exigua marina no apresá á todos los negreros, y no á la Gran Bretaña que teniendo una escuadra tan numerosa, pudiera, por esa regla, acabar mucho mas fácilmente con la trata? Hé aquí lo que los diputados británicos no comprenden, y lo que el gobierno inglés procura no dejar ver.

Enemigos declarados de la esclavitud y creyendo firmemente que no debe vacilarse entre desatender algun tanto el fomento de la riqueza de nuestras colonias y seguir conservando la mas abominable de todas las instrucciones, deseáramos que se adoptasen, aun á costa de los mayores sacrificios, medidas eficaces para concluir con la trata; pero no podemos tomar en cuenta las difamaciones del gobierno británico para creer que es justa su cólera porque no se reprime el comercio de negros, cuando él no adopta resoluciones verdaderamente poderosas para esterminarlo, cuando es notorio que gran parte de la trata se hace bajo el pabellon británico, cuando renuncia por temor al derecho de visita en los buques de los Estados-Unidos que dividen con

los ingleses la gloria de promover de esclavos las colonias y cuando no hay en todo el mundo seres humanos sugetos á mayores degradaciones que los indígenas de su colonia de la India.

Si para su conservacion es absolutamente necesaria la esclavitud, cosa que dudamos mucho, no queremos colonias; pero no por eso dejamos de rechazar con la mayor energia las acusaciones que el ministro inglés ha dirigida á España.

Terminado este incidente que la prensa británica ha apreciado de un modo tan insolente como lo fué el discurso de lord Palmerston, comenzó la discusión, que dura todavía, promovida por las interpelaciones acerca de la conducta que el gobierno ha seguido en los asuntos de Italia y que lleva traza de ser una de las mas importantes y al mismo tiempo mas ruidosas de la legislatura actual.

Todo lo que ha podido ha dilatado el gobierno contestar á esas interpelaciones, pero al fin no ha tenido mas remedio que hacerlo y poner en evidencia que si su conducta fué y sigue siendo inconveniente, las razones que ha tenido para seguirla no pueden ser en cambio mas desatendibles.

La minoría progresista demuestra del modo mas irrecusable, que la política seguida en los asuntos de Italia es diametralmente opuesta á los intereses de la nacion, que no pueden ser otros que asegurar las instituciones coabyubando á verlas establecidas en los demas paises y facilitar á otros pueblos la consecucion de aquello mismo que á nosotros nos seria conveniente conseguir. De sus argumentos, de las contestaciones del gobierno y de los documentos que este ha llevado á las Cortes, resulta claramente que la marcha política en Italia se ha ajustado á la consideracion de que Francisco II y el duque de Parma eran parientes de doña Isabel II, y á la utilidad de la casa de Borbon. Posponer la conveniencia nacional á la de los parientes de la reina, es cosa tan absurda que á pesar de cuanto se nos decia acerca del asunto y de lo que arrojaban de sí los sucesos, no nos hubiéramos atrevido nunca á creer que el gobierno lo hacia, si no lo hubiera confesado él mismo con pasmosa sangre fria y no se desprendiese de un modo demasiado indudable por desgracia, de los documentos que ha exhibido.

La conducta que han seguido los ascendientes de esos mismos parientes de S. M. con ella, demuestra, que nunca deben posponerse los intereses de la política á los personales de los reyes. El padre de Francisco II ha sido uno de los que con mayor dificultad, y despues de mas tiempo, reconoció á Isabel II; y no obstante, era tan pariente suyo como esta lo es de Francisco II.

En el antiguo régimen, cuando los ministros eran criados del rey, se concibe que atendieran ante todo á él y á sus intereses; pero si el gobierno olvida que no es el servidor del monarca, sino el encargado de encaminar á la nacion á la consecucion de sus fines, esta discusión habrá bastado para hacérselo recordar.

Ciertas palabras de uno de los interelantes, que el señor presidente del Consejo de ministros juzgó, gratuitamente, que eran atentarias á los derechos de S. M., dieron ocasion á uno de los mayores tumultos de que hace mérito la historia parlamentaria. Un estemporá-

neo alarde de celo y de monarquismo llevó al duque de Tetuan á pedir con imprudente insistencia que se escribieran y esplicaran las tales palabras, reducidas á aseverar que el mayor derecho de doña Isabel II era, en su concepto, la sancion de la voluntad nacional.

La mayoría tomó, como era consiguiente, la demanda de su jefe y logró parodiar la escena de la Cámara de la restauracion francesa y del ex-jacobino Manuel. Para que nada faltase, hasta se presentó una proposición pidiendo al Congreso que declarase que habia oido con desagrado lo dicho por el diputado interpellante; proposición que, dicho sea de paso, iba suscrita en primer término por un diputado que perteneció á las filas carlistas, y que ganó los grados militares hasta el de coronel inclusive, combatiendo los derechos de la Reina, que ahora creia vulnerados.

El interpellante manifestó la mayor entereza, y despues de momentos de una confusion indescriptible, el señor presidente del Consejo desistió de su propósito de exigirle esplicaciones sobre sus palabras, demostrando así que estas eran inculpables y que sus arrebatos habian sido infundados.

El Senado ha aprobado el proyecto de ley de enagenacion de los bienes permutados con el clero en virtud del último Concordato. La discusion ha versado sobre los mismos puntos que en el Congreso, y como de la que hubo en esta Cámara ya nos hemos ocupado, reputamos innecesario entrar en consideraciones sobre ella.

A este y al suscitado por una interpelacion acerca del discurso de lord Palmerston, que nada nuevo añadió tampoco á la hecha en el Congreso, se han reducido los debates de la alta Cámara, cuyas sesiones están suspendidas hasta que termine en la popular la discusion de los asuntos de Italia.

II.

La solucion de la cuestion italiana camina á su término: el discurso del principe Napoleon en el Senado francés, nos indica cuáles son las tendencias del imperio y las de la casa de Saboya en este asunto.

Roma por capital del nuevo reino italiano, Roma albergando desde ahora en una orilla al César italiano, en la otra al Papa, será, así puede creerse en vista de las palabras de un Bonaparte, á la vez capital de la nueva Italia, centro eterno del orbe católico.

Pero ¿cómo hacer para que el jefe de la Iglesia viva independiente en el Vaticano, para que su poder espiritual no se vea coartado mañana por el nuevo poder civil, que viene á arrancar de las sagradas manos el cetro del soberano, de miserable estado, al que lo es de todos los católicos? ¿Será que de hoy mas ha de ser verdad el dicho de los protestantes que tienen al Sumo Pontífice por un obispo mas? ¿Como podrán vivir unidos bajo un mismo cielo, el despojado y el nuevo dueño, el que lo es todo y el que viene á quedar reducido á la nada?

En verdad que no comprendemos la extraña anomalía, de los que llamándose católicos, niegan al Papa el poder temporal, y recuerdan para esto el primitivo es-

tado de la Iglesia. Este error, tanto mas digno de tenerse en cuenta, cuanto que arguye ó mala fé ó supina ignorancia de lo que fué la iglesia en los primeros siglos. Si tanto os place recordar aquellos tiempos en que el Papa vivia como San Pedro, pobre y oscuramente, si quereis oponer al poder de hoy la humildad de ayer, ¿por qué tergiversais los hechos? ¿por qué no contais la historia tal como es? Cuando el cristiano vivia oculto y perseguido, y celebraba los santos misterios de su religion en el oscuro recinto de las catacumbas ¿que era el Papa y el obispo mas que el señor temporal y espiritual de todos los cristianos? ¿Qué fué en sus primitivos tiempos la sociedad cristiana? El Papa y el obispo, pastor ya y juez á un tiempo, recordaba muy bien aquella edad dichosa en que Abraham era jefe y profeta, padre y sacerdote. No era entonces, es verdad, el sucesor de San Pedro, dueño de los Estados Pontificios, que un jefe de los francos, le regaló como podia hacerlo, á uno de los nobles aventureros que le seguian; era si jefe y señor de toda la iglesia cristiana, y si los cristianos hubieran formado entonces un pueblo, si hubiesen ocupado un territorio, si levantasen un trono que debiese ocupar un principe cualquiera, ¿ereis acaso, que no hubieran puesto en el trono cristiano, al jefe espiritual, al Papa? Si, lo hubieran levantado sobre el escudo, como los guerreros del Norte y él no necesitaria ciertamente que nadie le ungiese el óleo sagrado con que los pueblos cristianos quisieron legitimar todos los derechos de sus reyes. Es desconocer el origen de la religion cristiana; hija de la judaica, entrañada, digamoslo así un espiritu teocrático, que la iglesia naciendo, no hallaria peligroso, antes al contrario, agradaria á su humildad, puesto que la palabra del Dios de Judá, habia lanzado sus imprecaciones contra los reyes, cuando el pueblo judío quiso sacudir el yugo de los jueces.

Los que deseais, pues, que el reino de Italia constituido ya, tenga por capital á Roma; los que quereis despojar al Papa de los Estados que la piedad de Carlo-Magno dió al Sumo Pontífice, buscad otros argumentos mas sólidos para sinceraros, y puesto que teneis que ser menos cristianos para llegar á nuestro objeto, puesto que teneis que ser mas revolucionarios; tened el valor de nuestras opiniones, amparaos si os conviene en el sufragio universal, y no volvais la vista atrás, no busqueis en la historia argumentos que nada prueban, ni á nada conducen.

Pero ¿es probado que la ciudad de Roma deba albergar dentro de poco, á Víctor Manuel y á Pio IX? El discurso del principe Napoleon lo da á entender bien claramente. En Francia se repartieron multitud de estos discursos, en toda Italia sucedió lo mismo, y como hubiese quien dudara que las palabras del Bonaparte se cumplieran, este contestó:—Apuesto á que antes de poco ó el Papa habrá consentido en establecerse en la línea derecha del Tiber, ó habrá salido de Roma; *yo se lo que digo.*

Hemos llegado á un tiempo en que no se puede levantar impunemente la menor tempestad.

Hoy llama á nuestras puertas la guerra de las nacionalidades; todas las iniquidades acumuladas sobre los pueblos por los pasados siglos deben desaparecer;

un siglo en que la autonomía lo mismo de los individuos que de las naciones, tiende á manifestarse, no puede ver impunemente, Polonia dividida entre tres potencias, Hungría esclava del Austria.

Hé aquí porque al lado de los voluntarios de Garibaldi, pelearon los húngaros, y porque aquel caudillo ofreció llevar sus voluntarios á pelear por la causa húngara.

A la guerra de Italia, que se conmovió para conquistar su nacionalidad, contestaron aunque débilmente Polonia y Hungría. Los comitados en esta última nacion son con sus protestas, con sus peticiones, con sus manifestaciones revolucionarias casi, una amenaza constante al Austria, que tendrá que resignarse á perder aquellas heroicas provincias, como perderá el Véneto muy pronto, si es verdad que Italia ha de ser una, y ha de ser libre desde los al Adriático; los últimos acontecimientos de Varsovia, una santa protesta contra el poder del teócrata de todas las Rusias.

Efectivamente, los regimientos rusos haciendo fuego sobre la multitud, son una prueba bien elocuente de lo que allí pasa. Qué importa la vida de unos cuantos polacos con tal que la bandera azul y blanca de la Rusia, oculte en el palacio de los antiguos reyes de Polonia, aquellos osados defensores de Europa, fuerte muro contra las invasiones turcas que amenazaban inundar los pueblos y repetir las terribles escenas con que los bárbaros del Norte acabaron con el poder y la civilizacion romana? Nada ciertamente.

Pero no pensaron lo mismo, los desgraciados y generosos polacos, y para los infelices muertos por el plomo ruso, tuvieron su religioso respeto y su gloriosa apoteosis.

Cien mil personas acompañan silenciosamente el cortejo de los que de hoy mas serán tenidos por mártires de la libertad de Polonia; Varsovia entera se viste de luto, en las librerías no se ven mas que libros de rezo encuadrados en piel negra, los ciudadanos se reúnen silenciosamente, y protestan con su mudo y elocuente dolor, con su prudencia, contra la tiranía rusa, hacen su patriótica romería á la aldea en que habia tenido lugar una de las mas sangrientas y gloriosas batallas, durante la desgraciada guerra de 1830.

Todos los pueblos nobles y generosos hacen fervientes votos por la libertad de Polonia, como lo han hecho por la libertad de Grecia y de Italia, y como lo hacen tambien por la de Hungría.

Pasaron por fortuna aquellos tiempos en que la espada de un guerrero afortunado, hacia y deshacia naciones, el último conquistador vivió á principios de este siglo, y España enseñó entonces á los pueblos dignos de ser libres, como se conquista la independencia de la patria.

Polonia, Hungría, Venecia, están llamados, no lo dudamos á reconquistar su nacionalidad. Italia no se constituirá, sin que el Véneto sacuda el yugo austriaco, y para esto ha de ser necesario que Italia lleve la guerra al interior de Hungría y ayude á estos á sacudir las mismas pesadas cadenas que arrastra el Véneto. Pero ¿es acaso ahora cuando el Piamonte pueda

libertar sus hermanos de Venecia? Garibaldi, ¿abandonará pronto su retiro de Caprera, y marchará al frente de sus valientes legionarios á devolver la patria y la libertad, á los que gimen en silencio, y levantan sus manos al cielo, pidiéndole la libertad y la patria?

Nada se puede decir todavía, pero es seguro, que tarde ó temprano, dejará de ondear en el palacio de los Duxes la bandera austriaca, y en su lugar se ostentará la que aparece adornada con los tres colores italianos.

Apartando ahora nuestra vista de esta vieja Europa, tan agitada por opuestos y encontrados intereses y deseos, olvidando que el Montenegro amenaza encender la guerra por la parte de Oriente, que la Dinamarca se empeña en no responder á los legítimos deseos del Holstein y obliga de este modo á la Confederacion germanica á empeñarse en una lucha estéril para la Alemania.

En América, aquella poderosa república que amenazaba dominar todas las demás, se deshace y cae abrumada bajo su propio peso.

El nuevo presidente no acierta á recomponer el edificio que su antecesor se apresuró á deshacer. Poco importan las palabras conciliadoras de Lincoln, puesto que se toman como prueba de docilidad, que no como prenda de fraternidad y de concesion á los deseos de los Estados del Sur. Estos no querrán perder los esfuerzos hechos en esta ocasion. La conferencia de la paz es inútil. Buchanan ha querido ser el último presidente de los Estados-Unidos y puede regocijarse de su obra, Lincoln su sucesor, no será presidente, sino de los Estados del Norte, tal es nuestra conviccion en este punto.

Es antigua la enemistad entre los Estados del Sur y los del Norte, una vez que la disension se ha manifestado, una vez que la guerra puede estallar de un momento á otro es escusado soñar en una inútil y estéril alianza; de hoy mas habrá dos Estados y dos capitales, New-York y Washington, y no serán mas desconocidos ambos Estados, que lo son hoy Méjico y el imperio del Brasil.

En Inglaterra se cree que esta cuestion está á punto de arreglarse; puede ser que esto suceda, pero en dicho arreglo pasajero y completamente inútil, va el grémen de nuevas desavenencias, y eso que rigiéndose cada Estado por sus leyes especiales, siendo de hecho independientes unos de los otros, llevan en si mismos encarnada la idea de una independencia tal, como no se concibe en los pueblos de Europa regidos por un monarca, y en donde la centralizacion civil, está erigida en sistema político, y hacen en medio de todo inútil toda tentativa de separacion. No estarán menos separados, aun cuando la república de los Estados-Unidos vuelva á ser lo que era antes de estallar los movimientos separatistas. ¿Qué buscaban los Estados disidentes? su independencia, el respeto de sus leyes; en el momento en que esto suceda, lo demás debe serles y le es en verdad indiferente.

DISCURSOS ACADÉMICOS.

I.

Muy divididas andan las opiniones acerca de la importancia y utilidad de esas academias, que promueven de una manera oficial y bajo una protección especial del Estado, el progreso de ciertos ramos de las artes y letras; cuestión que en verdad tiene hartas relaciones con la muy debatida, de que si la enseñanza debe estar de algun modo regulada por el gobierno y pagada por él, ó si debe dejarse totalmente á la protección y fomento del público, que patrocina por su propio interés lo que necesita ó le conviene. No importa, á mi propósito, el tratar cuestión tan difícil; pero me atreveré á afirmar lo conveniente de que continúen tales medios de alentar é impulsar estudios de reconocida importancia, mientras un desarrollo considerable del buen gusto y amor á la ilustración entre el público, no baste de por sí á proteger y recompensar debidamente tareas intelectuales que exigen, entre otros sacrificios, el de toda una vida á ellas consagradas. Me atreveré asimismo á apuntar la idea de que á las condiciones especiales de la literatura y de las bellas artes, no se acomoda mucho la especulación individual, que es propensa á dejarse seducir por el sórdido interés, que aspira á un resultado positivo é inmediato, que considera las obras del ingenio como cualquiera otro producto industrial, que no puede atender con preferencia sino á lo mas útil, considerado en el orden económico; y con este criterio, falso, sin duda, mataría la inspiración y corrompería el buen gusto, atendiendo mas al provecho que á la honra.

Sea de esto lo que quiera, ello es que las reales academias dan señales de vida, y hacen en obsequio de las letras y las artes, lo que á la sazón harían los particulares; ello es que salvan del olvido, por medio de su publicación, monumentos literarios apreciables, y que han admitido recientemente en su seno á varios jóvenes de porvenir, en cuya acertadísima elección se han mostrado dignos de gran elogio. De los discursos pronunciados con esta ocasión, de un año á esta parte, vamos á hacer algun análisis, que creemos no será inútil, para dar á conocer las ideas literarias, y aun políticas, que actualmente dominan á nuestros pensadores, en lo tocante á la realización y desenvolvimiento de los humanos destinos en la historia; en cuyo examen procederemos, segun nuestro leal saber y entendimiento, sin que la amistad que nos une con los autores de estos discursos, y otras consideraciones, estravien nuestro juicio, llevándonos á aplaudir sin discernimiento, ni el temor de no parecer imparciales nos impulse á negar el elogio que en conciencia creamos merecido.

El 25 de febrero del año anterior, verificóse la recepción pública en la Real Academia de la Historia, del Sr. D. Tomás Muñoz y Romero, persona muy conocida en el mundo literario, por excelentes trabajos de buena condición, como su *Colección de fueros y cartas pueblas*, y su *Diccionario bibliográfico de las poblaciones de España*. En su discurso de entrada el señor Muñoz expuso, con abundante copia de conocimientos, notables consideraciones sobre la necesidad de fomentar con la investigación y publicación de nuevos documentos, el interesantísimo estudio de la edad media, de esa época tan importante en la historia de la humanidad, y que si ha merecido á algunos escritores modernos, excesiva admiración, los mas de ellos la han juzgado con notoria injusticia, no sabiendo penetrar á través de la ruda corteza que la cubre, para comprender todo lo grande y portentoso de ese periodo en que se verificaba la trasformación del mundo antiguo, y la concepción de los pueblos y estados modernos. Experimentaba entonces la sociedad humana una triple regeneración: en lo físico con el advenimiento á la escena del mundo de nuevas razas y naciones jóvenes y

vigorosas, en lo intelectual con el olvido de la antigua ciencia y civilización pagana, para renacer de nuevo con mas fuerza, reanimada en parte con la ardiente imaginación y el corazón ferviente del gran pueblo árabe, y principalmente con el espiritualismo, la energía, la fé y la aspiración al verdadero tipo ideal de lo bueno y de lo bello que habia inspirado en la razón humana el espíritu cristiano; en lo moral y religioso con el triunfo definitivo del cristianismo sobre la vieja idolatría, desapareciendo aquella otra sociedad, cuyo orden estaba fundado en la base desleznable del politeísmo para dar lugar á otras, educadas desde su infancia en la nueva y salvadora doctrina del Evangelio. El nuevo académico, no contentándose con brillantes razonamientos, acudió á los documentos históricos mas fidedignos para presentar con todo su interés y su verdadero carácter la obra laboriosa de la edad media, explicando cómo del caos de aquellas tinieblas y de aquella aparente barbarie fueron saliendo los reinos cristianos de nuestra península con su legislación, su constitución social y política, con todas sus instituciones, usos y costumbres, con la variedad que presentaban en nuestros diversos estados y señoríos, poniendo de realce la importancia de estos conocimientos, para comprender la historia de España en los tiempos posteriores y señalar los pasos con que caminó á su grandeza.

Al Sr. Muñoz contestó en un elegante discurso el antiguo académico Sr. D. José Amador de los Ríos, el cual en el rico caudal de conocimientos que tiene acreditados en la historia, literatura y artes de nuestra patria, halló copiosos materiales para esforzar la idea sostenida en el discurso anterior, probando por lo grande de tales intentos, que no ha muerto el génio de la historia nacional, examinando con nueva luz aquella época, y mostrando cómo en medio de su confusión, de la lucha de contrarios intereses é instituciones al parecer inconciliables, se vé en nuestra nación descollar un pensamiento capital, salvador, que sostenido y alimentado por la fé, tiende á restaurar la patria y la monarquía, caminando hácia la unidad política de esta gran nación, dividida entonces en trozos, y parte restaurada, parte esclavizada aun por los musulmanes.

De estos notables discursos pasaremos, con la brevedad que nos imponen las forzosas dimensiones de estos artículos, á los leídos ante la Real Academia de San Fernando en la recepción pública del Sr. D. Carlos de Naes. En el suyo demostró este distinguido paisagista, que conoce tan bien la historia de las bellas artes como tiene las dotes necesarias para producir en ellas obras que se distinguen por una inimitable naturalidad, muy superior en nuestro concepto á los brillantes asombros del génio extraviado. El Sr. Naes buscó en la naturaleza física é intelectual el origen de ese importante ramo de la pintura; rindió en sus teorías, así como sabe hacerlo en la práctica, el merecido culto á la imitación de la naturaleza; pero no á la servil y amanerada, sino á la que sabe animarla con ese idealismo, condicion esencial de las bellas artes. Apreció las modificaciones que en los diversos pueblos y en distintas épocas recibió ese sentimiento, ó mas bien facultad imaginativa, que inspirado por el espectáculo de la creación, produce en literatura la poesía descriptiva y en pintura el paisaje.

Tan interesante exposición halló su complemento en la contestación del Sr. D. Federico de Madrazo, el cual, manejando la pluma con la soltura y buen gusto con que maneja los pinceles, explanó la teoría del sentimiento estético y del bello ideal con aplicación á la pintura, sentando la máxima de que *el artista debe gastar su alma envuelta en los colores de su paleta*; lo cual quiere decir que, así en el paisaje como en los demas ramos pictóricos, nada es la imitación sino hay en el paisista la imaginación y sensibilidad suficientes para embellecer los objetos que copia, hasta el punto de construir con ello una verdadera creación, en cuanto esto

le es dado al hombre, una cosa que no existía antes en la naturaleza física que le sirvió de modelo.

Mucho nos complació el contemplar así á las bellas artes enriqueciendo la literatura con hermosas páginas, pagándola de este modo el auxilio recibido de ella para la exposicion de sus doctrinas. Pero mis aficiones literarias y el objeto de estos artículos me llevan principalmente á examinar los discursos académicos consagrados á la ilustracion de la historia patria. Importantes son, en verdad, por tal concepto, los que se leyeron en la Real Academia de la Historia el 20 de mayo último con motivo de la recepcion del Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, escritor elegante y profundo, y ya señalado en el género que cultiva particularmente aquella corporacion con su Historia de la decadencia de España y sus apuntes para escribir la de Marruecos. Escogió acertadamente el Sr. Cánovas, para objeto de su discurso, el juicio de la dominacion española en Italia, asunto en verdad difícil, mas para el cual le daban grandes ventajas sus conocimientos acerca de aquel país en lo antiguo y en lo moderno, y sus aficiones á la ciencia política, la cual hoy no aparta su atencion de las graves cuestiones y problemas que se agitan en aquella península. El desapasionado interés con que hoy contemplamos los destinos de la Italia, donde nuestro dominio, aunque no nuestros recuerdos de gloria, acabó há largo tiempo, y de la grandeza y magnanimidad con que cumplimos en aquel país como en otros, los altos destinos y misiones que un día nos impuso la Providencia, hallaron un entendido y elegante intérprete en el nuevo académico. Extendió á nuestros ojos el magnífico cuadro de aquella época, en que la nacion española, lejos de su suelo pátrio, teatro insuficiente al heroísmo de sus hijos, consumó con su inquebrantable brío hechos maravillosos é increíbles, multiplicándose, repartiendo por do quiera sus fuerzas y sus recursos; pero apareciendo en todas partes vencedora, grande y augusta. Pero comprendiendo el verdadero espíritu que anima en lo moderno la historia, no se limitó á narrar los hechos, por mas que con exquisita investigacion consignara lo mas notable en cuanto cabia en su cuadro, sino que se extendió en útiles y acertadas consideraciones sobre la idea que animó á España en aquellas aventuradas y costosas empresas, y el fin providencial que en ellas cumplió: consideraciones de la mayor importancia, puesto que sin alguna idea y fin muy alto, superior á todos los terrenales intereses, solo pudieran tomarse por descabellados y desastrosos intentos que con tanto gozo y pérdida propia ejecutó España en las guerras que sostuvo en Italia como en otras partes, en los siglos xvi y xvii.

El Sr. Cánovas demostró victoriosamente que no fué un desmedido espíritu de conquista, no un orgulloso afán por el triunfo y la gloria, no el vano estímulo de sostener su superioridad política, lo que lanzó á España en tan atrevidas empresas, á tanta costa de su sangre y sus recursos. Fué por el contrario, el empeño ya deliberado, ya instintivo, pero siempre generoso, siempre providencial, de proteger altos intereses, de sustentar grandes ideas y salvadores principios, el que le animó en tales empresas; porque no habia á la sazón ningun otro pueblo, á quien para llevarlas á cabo asistiese tanta fortaleza, tanta fé, tanta abnegacion, tanto aliento, tanta entereza y constancia como asistían á nuestra España, en donde la larga guerra con los infieles habia justamente adiestrado las armas, arraigado y engrandecido el natural valor de sus hijos, y lo que es sobre todo, exaltado la fé, alarmado la conciencia y levantado el ánimo; todo lo cual lleva al hombre á emprender y consumir invenciblemente hechos heroicos para los cuales son impotentes el cálculo, el egoismo, el sórdido interés y la estéril incredulidad. Por eso España ha sido en la edad moderna la única nacion que, compitiendo en grandeza y poderio con los mayores imperios de las edades antigua y me-

dia, haya llevado, juntamente con su dominio, la civilizacion á lejanas y dilatadas regiones, empleando en ello, con mano pródiga, todos sus elementos de cultura, todos sus tesoros de vida y prosperidad, empresa y gloria imposible á naciones que como la Inglaterra, solo han mirado en los países invadidos por sus armas, un objeto de lucro y de granjería. El discurso del señor Cánovas ha puesto en evidencia, con el debido esplendor, estos merecimientos de España; ha mostrado como en Italia sostuvo con mano generosa y desprendida los intereses de la Iglesia católica, anteponiéndolos á sus particulares conveniencias, como defendió la silla pontificia, así en lo tocante á la supremacía espiritual como al dominio temporal, en una época harto crítica y calamitosa, contra el poderoso torrente de la revolucion religiosa, cuyas olas amenazaban anegar aquel país y arrastrar consigo derribada la Cátedra de San Pedro; como siéndola forzoso conservar en aquella península sus armas y su dominacion, lo hizo con gran moderacion y templanza, tratando á aquellas gentes con amor y benevolencia, como á sus propios hijos y naturales, compartiendo con ellos igualmente la honra y el provecho, y cediendo siempre de sus propios derechos é intereses ante la autoridad del Sumo Pontífice y el bien general de la Iglesia; como conservó á estos y á los demas príncipes y pueblos italianos sus fueros, prerogativas y consideraciones, sin otra escepcion que cuando estos mismos patrocinados por España por miras y cálculos políticos, que no necesitamos calificar, desconocieron sus beneficios y se coligaron con los enemigos de ella. Vindició satisfactoriamente el Sr. Cánovas la política española en Italia, de algunos cargos que con mas pasion que verdad y justicia se la han dirigido por los medios extremos á que tuvo que apelar alguna vez, pero solo en verdad en muy raras y supremas ocasiones; porque empeñada sobre todas las cosas en sostener los principios, la fué preciso hacerlos triunfar á todo trance y mantenerse allí como campeón del catolicismo, á pesar de la oposicion de algun pontífice, que alucinado tal vez por miras temporales, no calculaba el detrimento que de ello podia seguirse á la causa de la Iglesia católica, en beneficio de los protestantes y otros encarnizados enemigos que á la sazón la combatían.

La idea cristiana y verdaderamente civilizadora que España hacia prevalecer en América, en Africa y en las aguas de Lepanto, desarraigando allá el paganismo y la barbarie, y quebrantando aquí el islamismo aun fuerte y formidable con la prepotencia otomana; la idea que sostenia en Flandes y Alemania contra las terribles heregias que tanto estrago hacían allí, era la misma que amparaba en la península itálica contra la rivalidad francesa y contra los adversarios de la fé católica y de la Santa Sede, numerosos y fuertes á la sazón. Y entre los medios altos y meritorios con que España cumplia esta mision mas gravosa, mas honorífica, que útil materialmente para ella, y bastará recordar con el nuevo académico uno solo, que por sí basta para encumbrar la gloria de nuestros monarcas de entonces, que fué el haber tan poderosamente contribuido á reunir y llevar adelante el Concilio general de Trento, para lo cual tantas dificultades tuvo que vencer, *es arrebatado del occidente, elementos de vida, de fuerza y de resistencia, y donarlos con imprevision y con lo locura á los poderes del oriente*: peligro harto mas formidable cuanto incontrastablemente se acrecienta en grandeza, vigor y fortuna el imperio de los Czares. Y cuando el que discurre con tal elevacion de miras, pertenece á una nacion que no ha abdicado aun el glorioso compromiso de sostener con el poder del jefe de la Iglesia, la causa del catolicismo y de la independencia de los pueblos occidentales, debe elogiarse porque, conforme con nuestra política tradicional, busque el medio de resolver el problema de la Italia, sin quebrantar en lo mas mínimo el poder temporal del Vicario de Jesucristo.

Con la existencia de este poder, según observa atinadamente el Sr. Calderón, «puede concurrir la resurrección de un gran poder en Italia, y todas aquellas soberanías llevar á cabo la ejecución de pensamientos altamente civilizadores, altamente cristianos, y que han de procurar mayor gloria y mas duradera, y medios mas eficaces de afirmar la nacionalidad italiana, que todo ese prurito de abanderizar pueblos, de aglomerar soldados y de conducirlos á degollarse unos á los otros, siendo hermanos en creencias y que han nacido para amarse y no para aborrecerse.» Quien así raciocina y conoce que el constituirse de un modo sólido una nacionalidad, dividida por un largo fraccionamiento, por diversas leyes, gobiernos y costumbres, no es obra del acaso ni del atrevido conato de un ambicioso ó un aventurero, sino del tiempo y de otras circunstancias semejantes en grandeza á las que consolidaron á la desmembrada nación española, al sacudir fortalecida con el sentimiento religioso el yugo sarraceno; no reflexiona de esta suerte, sino por un verdadero amor á la Italia, á quien como dice al concluir el mencionado académico, desea en su nueva navegacion toda bonanza y próspero viaje. cer que ciertamente (y lo diré con las palabras del señor Cánovas) «á España corresponde la parte principal en aquella importantísima declaración de doctrina, el mas poderoso esfuerzo moral que hizo el catolicismo en su propia defensa.» De este notable discurso se colige, pues, en honor de España, y para satisfacción de cuantos aman su gloria, que ella en la peligrosa época de los reformistas innovadores de la pujanza del imperio turco, y de otras borrascas y tempestades, fué el puerto de salvacion escogido por la Providencia, donde se guareció y hallase abrigo la combatida nave de la Iglesia católica, porque ella no era capaz de aliarse con sus enemigos, por intereses profanos, como lo hizo Francisco I con la Puerta, no de abandonarla en los dias de defección y de prueba, en los cuales, como dice Leopoldo Rantre: «solo los españoles permanecieron fieles á la religion católica y á la corte de Roma,» ni de reportar otro premio de tantos afanes y sacrificios que la honra y satisfacción de haber trabajado en pro del catolicismo y en gloria de la patria.

Contestó al discurso del Sr. Cánovas, antiguo académico y escritor distinguido, D. Serafin E. Calderón, con la castiza y gallarda frase que le distingue, al par que con grandes conocimientos en el asunto, ilustró con importantes y amenas noticias, el período histórico de nuestra dominación en Italia; pero de relieve los grandes hechos llevados allí á cabo por el heroísmo español, el desinterés de nuestra política, la moderación de nuestra conducta, que formaba contraste con la insolencia y mala voluntad de otros extranjeros; trazó con valientes rasgos la gigantesca figura del Gran Capitán, realzó la grandeza del pensamiento y de la misión providencial que unió nuestros destinos con los de Italia; y por último, dirigió una mirada investigadora sobre la actual política que predomina en Italia, y las esperanzas deslumbradoras que esta columna en un porvenir quizá muy lejano. Perder la balanza de la razón, los inconvenientes y las ventajas que se presentan para reconstituir en una gran nación la dividida Italia, sin deslumbrarse por la atrevida idea de la fusión que en provecho propio proyecta el rey de Cerdeña, antes bien, considerando los gravísimos males que para ella pueden surgir del aniquilamiento del poder temporal de los romanos Pontífices, por cuyo sosten hizo tanto la prevision política de España. Puso de manifiesto con clara y sagaz perspicacia lo que perderá la misma Italia, lo que perderá toda la Europa occidental, el día en que decaiga Roma de su verdadera é inmortal grandeza, debida exclusivamente al catolicismo y á la soberanía temporal de los Sumos Pontífices, caiga derribado ese baluarte que en varias épocas, excitando el interés y la ayuda de los príncipes cristianos, contrarrestó las invasiones de los turcos y otros bárbaros, que de otro

modo hubieran desolado ese hermoso país, mal defendido por sus enflaquecidos y afeminados moradores. Observó que todo cuanto se cercene al divino árbol de la Cruz latina, es añadirsele funestamente al labaro griego.

Entramos ahora en el análisis del discurso leído por el Sr. D. Pedro de Madrazo en su recepción pública, en la Real Academia de la Historia, el día 13 del mes anterior. Precedido de una reputación bien ganada en los estudios históricos y artísticos que á España se reflejan, no pudo parecer extraño el que el nuevo académico consagrara su discurso de entrada á tratar una cuestión de tan alta importancia, así permanente como actual, que á toda la historia de nuestra nación interesa, y procura establecer para ella un elevado y trascendental criterio. Veamos cuál ha sido el propósito del Sr. Madrazo, y con qué fortuna lo ha cumplido.

Nada debemos decir de la forma literaria, en la cual el autor de este discurso académico ha estado felicísimo, como era de esperar. Nosotros le consideramos solo en la esposición filosófica que ha hecho el Sr. Madrazo de su pensamiento y doctrina, siguiendo en ello el buen rumbo que, como dejamos advertido, han tomado modernamente los estudios históricos.

El tema de este discurso es, como dice su autor, ayudar á descubrir, con el conocimiento filosófico de nuestra historia, en medio del caos actual de todos los principios y de todas las escuelas, el norte señalado por la Providencia á la sociedad española, y las leyes peculiares de su desarrollo. Se vé, pues, que el Sr. Madrazo se ha propuesto un fin juntamente especulativo y práctico.

El espectáculo de los grandes daños y riesgos que hoy rodean á la sociedad, le ha hecho volver la vista hácia lo pasado, y ha buscado en las lecciones de la historia una enseñanza útil para lo venidero. Ha considerado el actual desorden de las ideas, la afirmación y la negación de todo, la pretensión se erigiera en derecho de lo que nunca pasó de ser, cuando mas, un hecho vituperable, la aparición osada y triunfante de nuevos sistemas, de nuevas escuelas y nuevos principios, ó la reaparición de otros antiguos que parecían ya irrevocablemente condenados, y sin que por eso hayan perdido todo su ascendiente las ideas y principios que hasta ahora se venían considerando como salvadores para la humanidad, la discusión de lo que parecía para siempre firmemente probado y reconocido, la pérdida y abandono realizado, al parecer, en breve instante, de todas las grandes conquistas y adelantos que para el hombre ha ido adquiriendo la civilización cristiana, el retroceso hácia las ideas materialistas, la sed insaciable de placeres, la fé y religion convertidas en una orgullosa idolatría de la propia razón, la caridad en un alarde de filantropía general, en particular egoísmo, la ostentación que la sociedad humana hace á un mismo tiempo de orden y de desorden, de respeto y de irreverencia, de fé y de duda, de brio y de desaliento, de bien y de mal; en una palabra, de espiritualismo y de materialismo. Al considerar este caos revuelto y oscurísimo, en donde la luz de la salvación parece que se vá á extinguir para siempre, y á caer la humanidad por sí misma destrozada, es plausible, es consolador, es utilísimo el pensamiento de buscar luz entre tantas tinieblas, de inquirir un camino entre tantos extravíos, y de investigar un dogma, un código, una teoría que en lo religioso, lo moral, lo legal y lo filosófico, pueda dar á los hombres alivio, reposo, seguridad y bienestar. Y como la existencia del hombre en la tierra no es un hecho aislado y fortuito, sin pasado ni porvenir, sin punto de partida y sin punto de arribo; como el hombre con sus sentimientos, su razón, su libre albedrío y demas condiciones de su existencia, no camina al azar, sin otro destino que salir lo mejor posible del día presente, sino que es forzoso considerarle como dirigido en sus inciertos pasos por una Providencia protectora que le guía á un fin mas alto que el perfeccionamiento material del hombre; como hay en la

historia de los pueblos épocas de progreso y otras de retroceso, ó al menos de reposo é inercia, y como á cada nacion señaló la Providencia condiciones tan especiales para su desenvolvimiento, que contribuyeron especialmente por un medio y camino al gran fin colectivo que ha impuesto á la humanidad, hé aquí por qué el Sr. Madrazo, en medio del mal, peligro y vacilacion presente, ha querido investigar los medios de salvacion que en otros tiempos y en semejantes crisis el árbitro de los destinos proporcionó á la humanidad; cuáles son los principios sólidos á cuyo triunfo se han debido las épocas normales y prósperas, por qué merecimientos han llegado á ellas los pueblos, y por qué culpas han venido á decaer; y por último, contrayéndose á la madre patria, presentarle en el espejo de su pasada historia, con qué condiciones se ha desarrollado y á qué fin ha tendido, y por qué medios ha logrado su pasada grandeza, para que vea si es ese punto á donde ha de volver para recobrar de sus pérdidas y levantarse á mayor altura despues de su triste, pero no completa caída, mas bien que seguir engolfándose en mares desconocidos y pugnando inútilmente, mas con daño propio, en variar su natural constitucion y su razon de ser. Hé aquí una investigacion de verdadera filosofia social y práctica, hé aquí planteada la solucion del mas grande problema que á la sazón preocupa á la humanidad.

El Sr. Madrazo, pues, investigando con el estudio de nuestra historia, cuál ha sido la mision señalada por la Providencia á la nacion española, y cuáles las condiciones especiales en que la ha colocado para su cumplimiento, designa como elementos constitutivos y caracteres peculiares de nuestra civilizacion «la fé monárquica, el celo religioso y un sentimiento enérgico de independencia y libertad, todo destacado sobre el fondo comun de una evidente ineptitud para las artes del deleite.» Vereis (añade esplanando su pensamiento) en sus mas grandes épocas ondear unidas estas tres banderas, y á su sombra, crecer y desenvolverse la civilizacion hispana, siempre contrastada, pero siempre militante. Mientras otras naciones encuentran ancha base á su prosperidad material en el ejercicio esclusivo de las artes y de las ciencias, de la agricultura y del comercio, la nuestra tiene como vinculado su porvenir en la fidelidad á aquellas tres ideas, y por ellas, no por las mezquinas miras de comercio y lucro que han enriquecido á otros Estados, trasponen los montes, cruzan los mares y triunfa de todos los obstáculos, siendo su existencia como una cruzada continua: primero, bajo la tutela del episcopado; luego bajo el cetro de sus reyes, robustecido por los consejos y las Asambleas legislativas; por último, y cediendo al espíritu de independencia y de libertad local á la necesidad apremiante de la centralizacion del poder, bajo el manto de sus Césares en los gloriosos campamentos de Dávalos sobre Túnez, de Leiva sobre Pavia, de Cortés contra Moteczuma, de Pizarro contra los Incas, del duque de Alba sobre Muhlberg, de los duques de Parma y Saboya, de Zúñiga y Bazán, en Francia, Holanda y Berbería. Forman las tres enunciadas ideas como el triple eje cardinal de nuestra civilizacion. Cuando ellas se detienen y pierden su equilibrio, el carro de nuestra prosperidad vacila ó se derrumba, y la misma idea predominante y avasalladora se desnaturaliza y corrompe. Entonces si el celo religioso representado por el sacerdocio, el que exagera su accion, nace el fanatismo y se encienden las hogueras, y libertad y monarquia languidecen; si es la monarquia nace el absolutismo, tan funesto para la religion como para la libertad; si es, por último, la libertad la que se erige en ídolo esclusivo, surge tremenda la demagogia, y para vilipendio de los tronos, aparecen los regicidas, y para los ungidos de Cristo, no hay mas porvenir que las horribles matanzas con que las frenéticas turbas parodian á los septembristas de París. En estas tres violentas y maléfi-

cas situaciones se resuelve aquella falta de equilibrio de tres nobles sentimientos, y siempre es la corrupcion del dominador, su inevitable resultado, por eso nos presenta nuestra historia al decaer de cada una de sus grandes épocas, ya la depravacion del clero feamente personificada en los Opar, ya la intemperancia de los reyes patente en los Witizas y los príncipes *cruces*, ya la inhumanidad de los falsos patriotas, retratada en los repugnantes adeptos de Bruto.»

Hé aquí reducida á una elocuente página toda la doctrina del Sr. Madrazo, la cual es amplia y prueba, en el resto de su discurso, con importantes observaciones, que le suministra el estudio de nuestra historia en todas sus épocas. Cautivando nuestra atencion el interés de este asunto, y siendo ya muy largo el presente artículo, entraremos de lleno en el siguiente á examinar la cuestion tratada por el Sr. Madrazo, para la cual discutiremos por nuestra parte las razones y argumentos presentados por él, y veremos si nos conducen al mismo resultado.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

LA PINTURA EN ESPAÑA

DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV.

III.

Aunque habia nacido Velazquez en Andalucía y habia estudiado en las escuelas de Sevilla, puede ser considerado como el verdadero representante de la antigua escuela de Castilla en la corte de Felipe IV, y á la vez que representante, su único jefe, con el cual no podia compararse ninguno de los mas célebres pintores de aquella escuela, ni habia entre sus contemporáneos quien pudiera rivalizar y disputarle su fama. Pero no estaba reducida la gloria del arte español en este célebre pintor durante el reinado de Felipe IV; Velazquez por si solo hubiera bastado para hacer gloriosa la época en que cultivó la pintura, y aunque sus cuadros son por si solos la epopeya mas magnífica y sorprendente del arte, debia aun Felipe IV encontrar diseminados por todas las provincias de España, y en particular por el reino de Andalucía los elementos de otras escuelas que desconocidos en los reinados anteriores, no habian disfrutado del favor de los reyes, ni habian figurado en la corte, ni pintado bajo la inspiracion de las galerías de los palacios, donde se habian acumulado ya las magníficas creaciones del arte italiano que tanta influencia ejercieron en los pintores de la escuela castellana. Reducidos á la proteccion de algunos obispos ó potentados, de las catedrales y de los conventos, no tenian mas emulacion que la que entre ellos producía la misma afición al arte, ni disponian de otros modelos que los que se hallaban al alcance de sus cortos recursos, ni podian recibir mas inspiracion que la del cielo y de la naturaleza que les rodeaba. A veces los mismos discípulos de la escuela de un artista célebre, tenían que presentar su brazo, su pierna, y su misma figura servia como modelo para copiarlo en los cuadros que preparaban. Para los ropajes encontraban fáciles modelos en el hábito de los monjes y en la capa andaluza y la variedad de frutos de aquel ameno país, les ofrecía preciosos colores que copiaban en sus cuadros con gran fortuna, como si fueran reproducidos por un claro espejo. De esta manera se habia formado la escuela de Andalucía casi al mismo tiempo que la valenciana, siendo ignorado de los reyes y de la corte, á pesar de que los frescos de Vargas y Villegas, las pinturas y esculturas de Pablo de Céspedes, así como los cuadros de Juan Macip, conocido comunmente por Juan de Jovanes, y los del beato Nicolás Factor, hubieran po-

dido figurar con no menos gloria que los del Mudo y del Greco en las bóvedas y en las paredes del Escorial, y con tanto gusto de Felipe II, como los de Cambiaso y Carducho. La nobleza que la misteriosa política de Felipe II hizo salir de Madrid en los últimos años de su reinado para tener alejados y diseminados a los partidarios de la princesa de Eboli, pudo apreciar desde luego la riqueza artística de las provincias desconocidas aun en la corte y al restaurar sus palacios que erigieron en pequeñas cortes, hallaron allí mismo artistas que adornaron sus paredes, levantaron monumentos, restauraron abadías, y construyeron los panteones para sus familias. Los viajes de Felipe IV, y especialmente el que verificó a Andalucía en el año de 1624, al principio casi su reinado, pudiera hacerle apreciar el verdadero estado de las artes en Andalucía; no dejó iglesia, ni convento, ni palacio donde hubiera un objeto de arte que no examinara; quiso conocer los artistas que entonces pintaban con mas fortuna, y su pasión por el arte dominaba y dirigía su clemencia, cuando al presentarle el cuadro de San Hermenegildo de Herrera el Mayor, perdonó a este artista por el delito que se le imputaba de fabricar moneda falsa (1). La habilidad natural de Felipe que adivinaba al artista y predecía su gloria y su fortuna, la dirigió desde luego en la elección de los que debieron compartir su favor, y de los que debía emplear en las obras de su reinado. Los artistas de Madrid, Valencia y Andalucía, se comunicaban sucesivamente; los pintores viajaban a expensas del real Tesoro y fijaban su residencia donde se les encomendaba una obra importante. Pacheco escribía en Sevilla su libro sobre la pintura después que Céspedes hubo escrito su poesía y Carducho los diálogos, primera obra que empezó en España a fijar las reglas del arte. Felipe IV había nacido para la época en que se hallaba, y pudo disponer de todos los recursos para satisfacer las inclinaciones artísticas de su corazón. Buscando y premiando el talento do quiera que se hallase en la capital o en las provincias, a Felipe solo, se debe la gloria de haber reunido las tres escuelas, castellana, valenciana y andaluza, formando de este modo la escuela española de su época, escuela admirable en la historia de las artes. Velazquez fué el primer artista que empezó a recoger los laureles del reinado de Felipe IV, mientras terminaba con ellos la gloria de Murillo, preciosa y bella flor de la escuela andaluza. Entre tanto Valencia daba al mundo un Ribera, y Andalucía aumentaba la serie de sus célebres artistas con Zurbaran, Alonso Cano y Antonio del Castillo.

Los artistas extranjeros dejaban al mismo tiempo en España las mejores producciones de sus estudios. Rubens, el gran pintor del Norte, enviado por el Archiduque de Alberto con una misión diplomática a España, fué recibido por Felipe IV con los honores de un príncipe, y mientras permaneció en Madrid no fué menos obsequiado por Felipe IV que lo había sido al recibirle. Los infinitos retratos de la familia real, y las varias obras que dejó en Madrid, que admiramos aun en nuestro Museo, son una prueba del talento del pintor flamenco, a la vez que del gusto esquisito de Felipe IV. Crayer, de quien Rubens exclamó al ver su cuadro que había pintado para el refectorio de la abadía de Afflegheim. «Crayer, Crayer, nunca podré aventajarle (2),» vino a España y fué recibido y elogiado por el rey, como lo fueron los flamencos Vanderhamen, Vandepere que pintaron preciosos cuadros para la cartuja del Paular. El florentino Nardi, alcanzó una popularidad inmensa en Madrid, y llegó a ser pintor de cámara, mereciendo la especial confianza de designar el

nombre de los autores de los cuadros que continuamente se recibían de Italia. Colonna y Mitelli, célebres artistas de Bolonia, fueron llamados expresamente a España por deseo de Velazquez y dejaron en el alcázar de Madrid sus mejores obras. Los frescos de *El día y La noche* de Colonna, las perspectivas y bajo relieves de Mitelli y el fresco que representaba la fábula de Pandora eran obras de un ingenio sorprendente (1). Después de haber pintado en el palacio del Buen Retiro, empezaban ya los grandes a disputarse para llevarlos a sus palacios, y acaso de esta manera hubiera quedado para la posteridad alguna de sus obras, si la muerte no hubiese sorprendido a Mitelli, que no había abandonado nunca a Colonna, ni había pintado sino donde pintaba su amigo (2).

Cuando no venían los artistas extranjeros a España, Felipe IV enviaba tesoros para adquirir sus obras, y de esta manera el *Pasmo de Sicilia* de Rafael que Felipe IV llamaba su joya y *La perla* que así llamaban a la *Sacra familia*; del mismo autor, pueden figurar para orgullo de nuestra patria en las galerías del Real Museo. La obra maestra de Pablo Veronese *Adonis dormido en el seno de Venus*, *La presentación del Señor en el templo*, y el *Ecce Homo* del mismo autor, *Jesucristo apareciéndose a María Magdalena después de la Resurrección*, de Correggio: *La huida a Egipto* del Ticiano, y *Santa Margarita volviendo la vida a su niño*, de Caravaggio, figuraban al lado de las mejores obras de Poussin, Salvator Rosa y de Claudio de Lorena y de las producciones de los artistas flamencos que no pudo conocer Felipe IV como Vandyck, Jordaens, Snyders y Teniers. Todos eran, no solo aficionados, sino verdaderos artistas en aquella corte de los reyes de España, el mismo rey, Olivares y algunos magnates y señoras como la duquesa de Aveiro Doña María de Abarca y la condesa de Villambrosa, eran artistas distinguidos, que pintaban con gran fortuna y amaban el arte con pasión. No era extraño pues, que la vida de los artistas españoles que residían en la corte de Felipe IV, fuese una vida llena de gloria, y que hallasen su camino sembrado siempre con frescas rosas ante sus pies.

IV.

Sevilla tuvo la gloria de ser la patria de los dos grandes artistas del reinado de Felipe IV, Velazquez y Murillo; los dos empezaron en aquella ciudad sus estudios, y en ella se perfeccionaron; pero Velazquez fué llamado muy pronto a la corte, y se le consideró como continuador y la joya de la escuela castellana. No olvidó por esto a su patria, y su corazón bueno y generoso no se contagió con las intrigas cortesanas, al contrario, su misma posición le movió a proteger a los artistas que acudían a Madrid en busca de gloria y fortuna. Su casa, situada en el mismo alcázar, era el punto de reunión de todos los artistas de Madrid, enseñaba y aconsejaba, y las grandes obras que ejecutaba en su estudio no le impedía dar provechosas lecciones a Murillo y otros artistas que vinieron sucesivamente a la corte. Sus contemporáneos, y hasta los que justamente pudieran tener celos de la altura a que le había elevado Felipe IV, no dejaron nunca de ser amigos de Velazquez, que le reconocían como superior a todos, y le apreciaban como su mejor amigo. Derramaba siempre favores, y su posición no le hizo olvidar nunca las personas que le habían protegido, ni borró de su corazón los sentimientos y las afecciones de su vida. Felipe IV le amaba verdaderamente, hasta la familia real y los grandes al servicio de la corte rendían home-

(1) Jornada que S. M. hizo a la Andalucía, escrita por D. Jacinto de Herrera y Sotomayor, tomo 1.º; Madrid 1624.

(2) Descamps, t. 1.º, pág. 351.

(1) Lanzi, t. 5.º pág. 164.

(2) «Stirling Annals of the artists of Spain.» Traducción inédita por D. Joaquín Maldonado y D. Enrique Vallés.

naje al talento de Velazquez, que por todas partes era ensalzado y cada día daba nuevas muestras de su grandeza. No se arrepintió Felipe IV de la elección que había hecho, y mientras el favorito político del rey, caía en desgracia y era desterrado y las intrigas de palacio torcían muchas veces las inclinaciones personales del rey, Velazquez vivió siempre de la misma manera, honrado y amado mas cada día, y no abandonó las habitaciones del alcázar que le había señalado Felipe IV, sino cuando su muerte llenó de luto y desconsuelo á la corte. Los muchos empleos que ejerció en palacio tan distintos de sus ocupaciones como pintor, no le crearon jamás disgustos ni sinsabores, de los que nadie se libraba en una corte como la de Felipe IV. Fué el verdadero amigo de este rey, que le tenía siempre á su lado y pasaba muchas horas en su estudio, admirando su genio y respetando la felicidad de su familia, dotada de todas las virtudes que acaso solo allí eran respetadas.

Un retrato de D. José Fonseca, que como caballero y aficionado al arte gozaba de algun favor en la corte, abrió las puertas de palacio á Velazquez, y un retrato del rey montado en un corcel andaluz hizo su fortuna, fué elogiado y ensalzado por los poetas y le valió ser conocido y adorado por el pueblo que llegó á entusiasmarse al ver espuesto este retrato en un día de fiesta en la fachada de la iglesia de San Felipe el Real (1). Desde aquel día la vida de Velazquez fué una serie de triunfos, como no haya tenido acaso jamás otro artista en el mundo. Nombróle Felipe IV pintor del rey, y desde entonces, como otro Alejandro ó Carlos V, creyendo haber hallado su Apeles ó su Ticiano quiso que solo Velazquez tuviese el privilegio de retratarle, y así lo cumplió si se exceptúa á Rubens y Crayer, que fueron los únicos que obtuvieron esta gracia durante la época de Velazquez (2). Infinitos son los retratos que ha dejado Velazquez de Felipe IV de pie y á caballo, con todos los trajes y en todas las situaciones de la vida de aquel rey.

La reina Isabel de Borbon, montada en su caballo bayo, y adornada con todas las galas del arte, figura en el real Museo, como el de la reina Ana de Austria, con sus mejillas llenas de colorete y su precioso cabello trenzado y agrupado á ambos lados de la cabeza, con un efecto poco afortunado para su figura. El príncipe D. Carlos, el infante D. Fernando y la infanta doña Margarita han pasado á la posteridad con toda la verdad y pureza del pincel de Velazquez. Los principales personajes de la corte, el conde-duque de Olivares, el almirante Adriano Pulido Pareja, D. Julian de Valcárcel, hijo adoptivo de Olivares, el poeta Quevedo y Góngora, fueron retratados por Velazquez lo mismo que los dos enanos del rey, Maria Barbola y Nicolás Pertusano, que admiramos en el Real Museo.

Inocencio X, el cardenal Panfilio y doña Olimpia, cuñada del Papa, ocuparon tambien el pincel de Velazquez durante su permanencia en Roma, y el retrato de su criado Pareja le valió en aquella capital ser propuesto y admitido en la academia de San Lucas. El Bobo de Coria y el Niño de Vallecas, el aguador de Sevilla (3) y el pretendiente, revelan el talento especial de Velazquez en trasladar al lienzo con tanta verdad las figuras, que no admira llegara á entusiasmar al pueblo de

Madrid, al creer que el mismo rey estaba montado como de centinela sobre su córcel en San Felipe el Real, y engañara á los pajes de Su Santidad cuando vieron el retrato de Inocencio X, y tambien á Felipe IV, que así lo confesó él mismo, al ver á media luz el retrato del almirante Pareja (1). Los retratos fueron las obras principales y mas numerosas de Velazquez, y en todas ellas alcanzó realizar la verdad en el lienzo; cualquiera de ellas bastaria para la gloria del pintor, como retratista.

Habia hecho Velazquez un estudio especial de la naturaleza, y al elegirla como su primer y principal maestro, no se engañó. La naturaleza le ofrecia todos los modelos que podia desear su imaginacion, copiándolos con exactitud y revistiéndolos con la espresion de su elevado génio, llegó á formar su estilo, y fué el mejor artista de su siglo. El gran mérito de sus retratos lo debe á este estudio especial de la naturaleza; sus estudios sobre objetos comunes de la vida, á que no se dedicó ningun artista español, le dieron su gran popularidad, y no habiéndose elevado sino raras veces á las concepciones filosóficas de la imaginacion y á la pintura de alegorías, logró que sus cuadros fuesen admirados, y que á la vez arrebataran á los ignorantes é hicieran sentir á la gente del pueblo, como llenaban de sorpresa y admiracion á las personas ilustradas que no simpatizan siempre con el pueblo, sino cuando su corazon no puede resistir al sentimiento, y cuando el mérito es superior á sus mismas ideas. Velazquez, sin embargo, probó que su pincel se prestaba con la misma facilidad á la composicion alegórica de una idea y á la concepcion de un cuadro filosófico y religioso, que á la pintura de los retratos y á la espresion de los efectos de la naturaleza. El cuadro de Felipe III espulsando á los moriscos de España, que pintó en concurso con Mayno, Caxes y Angel Nardi, le valió el empleo de ugiere de la real cámara, y mas tarde el de gentil-hombre (2); su bello y magnífico Cristo, que pintó para el convento de monjas de San Plácido (3), es una de sus obras mas principales y elevadas, justamente aplaudida y admirada por todos los artistas. que le juzgan suficiente por si solo para inmortalizar la fama de Velazquez (4), el cuadro de San Antonio Abad y San Pablo, primer hermitaño, que se conserva en el Real Museo, sorprende por la belleza de los detalles, y por las dificultades que debia hallar Velazquez para la ejecucion de toda una historia ó leyenda en un mismo lienzo. La coronacion de la Virgen y San Francisco Borgia, en el momento de entrar en el colegio de padres jesuitas, revelan la ternura del corazon de Velazquez, y son al mismo tiempo la espresion artistica de sus sentimientos religiosos (5). No son menos notables las composiciones que trajo de su primer viaje

(1) Se cuenta, que el rey, al ver este retrato, creyendo que era el mismo almirante, exclamó:—¡Tú aquí! ¿No has recibido las órdenes? ¿Cómo no te has marchado?—Palomino, tomo iii, pág. 409.

(2) Se cree que este cuadro pereció en el incendio del Alcázar de Madrid, ocurrido en el año de 1735.—Stirling, *Annals of the artists of 1st paing.*

(3) Real Museo de Madrid.

(4) Cumberland—Anec: vol. II, pág. 25.

(5) Este precioso cuadro se halla actualmente en la galería del duque de Sutherland-Haffons—House Soudon. Palomino y Cean Bermúdez no hablan de él; pero se halla una minuciosa descripción del cuadro en los Anales de Stirling, traducción inédita de D. Joaquín Maldonado y Macanaz y D. Enrique Vallés. San Francisco está representado en el momento mismo de pasar á la vida austera de la orden jesuítica, renunciando en lo mejor de su vida á su envidiable posición, para dedicar todos sus cuidados á la predicacion y á la mortificación. Acaba de apearse de su caballo á la puerta del colegio de la orden en Roma, y seguido de dos pajes, saluda á Ignacio de Loyola, que con otros tres padres de la orden, sale á recibirle en el pórtico.

(1) Palomino, tomo III, parte 2.^a cita el soneto que con motivo de la espesion de este cuadro compuso el poeta Velez de Guevara.

(2) Pacheco, pág. 110, Arte de la pintura, escribió tambien un soneto en honor de este cuadro.

(3) Este cuadro formaba parte del botín que José Bonaparte habia reunido al abandonar el palacio de Madrid. Parece que en Vitoria se pudo alcanzar el carruaje que lo conducia.—Fernando VII regaló despues este cuadro al duque de Wellington, y hoy día figura en Amley-House.



a Italia, y que había concebido y ejecutado bajo la inspiración del Vaticano. Roma pagana le inspiró su *Fragua de Vulcano*, y el viejo Testamento el cuadro de *Túnica de San José*, que después de haber sido transportado a Francia, durante la guerra, pudo volver al Escorial.

Si en estos géneros del arte, que no fueron los que principalmente señalan el talento de Velázquez, llegó a tanta altura; si por ellos verdaderamente es admirado por todos los artistas, reconociendo toda la gloria que por sí solos darian al mismo Velázquez, aunque nada mas hubiera hecho, no es extraño que sea inimitable el artista en las producciones que, copiando escenas comunes o reales de la vida, supo revestirlas con las galas del arte y comunicarlas el espíritu de su genio. El cuadro de *Los Borrachos*, que no es mas que la representación de tipos y figuras, que hoy mismo se encuentran en los días festivos por las calles de Madrid, es un cuadro admirable, conocido por todos los que han visitado siquiera una vez el Real Museo, es un cuadro que no se olvida, y a la par que deleita y admira al vulgo, que se sonríe con aquellas grotescas figuras, ocupa y atrae tan exclusivamente la atención de los mismos artistas y de las personas mas ilustradas, como David Wilkce, que se pasaba mañanas enteras mirando el cuadro, y cuando, cansada y fatigada la vista, no podía contener por mas tiempo su admiración, cogía el sombrero y desahogaba su espíritu, para volver al día siguiente a contemplar el cuadro (1). La *Rendición de Breda*, conocido por el cuadro de las Lanzas, es una colección de bellísimas cabezas, entre las cuales se halla el retrato del mismo Velázquez. «Las Hilanderas», que se halla en el Real Museo, llamó la atención de Mengs, que elogiaba este cuadro, diciendo que había tanta vida en él, que parecía obra del espíritu (2). Pero sin duda el cuadro de Velázquez que mas arrebató a su rey protector, y mas admira aun entre los del Real Museo, es el cuadro de «Las Meninas.» Gordiano le llamó «Teología de la pintura,» caso porque no sabía cómo espresar la admiración que le causaba. Felipe IV cogió, al verle, el mismo pincel que había servido a Velázquez para este cuadro, y en el arrebato de su entusiasmo, pintó en el pecho del artista la cruz de caballero de Santiago, que usó desde entonces, aunque tardó mas de tres años en hacer las pruebas y cumplir las formalidades de la orden.

Y en verdad el arte no puede llegar a mas, solo la fotografía podría copiar ahora las escenas de una habitación del Real Palacio para trasladarle como por encanto en el lienzo. La infanta doña María Margarita toma una copa de una bandeja que arrodillada le presenta una de las meninas doña María Agustina Sarmiento mientras doña Isabel Velasco haciendo una reverencia se distingue casi al lado de los enanos María Barbo y Nicolás Pertusano, y mas allá doña Marcela de Ulloa, está conversando con un guarda-damas. Una puerta situada en el fondo del cuadro descubre una escalera por la cual está subiendo D. José Nieto, y cerca de esta puerta un espejo refleja las figuras del Rey y de la Reina, como si se hallasen en la habitación aunque no aparecen en el cuadro, mientras que Velázquez junto al caballete con la paleta y los pinceles parece como que está observando el cuadro y hablando de su efecto al mismo tiempo que lo pinta.

El estudio de la naturaleza hizo al mismo tiempo de Velázquez el mejor paisista de España. Durante el tiempo que permanecía la jornada en Aranjuez, Velázquez se inspiraba en aquellos deliciosos jardines, con sus árboles que tocan al cielo y sus fuentes que les dan vida,

y cada día ejecutaba un paisaje distinto, haciendo un cuadro por cada fuente, (1) una obra de arte por cada alameda. Wilkie que tanto admiraba a Velázquez en el cuadro de «Los Borrachos» dice al hablar de los paisajes, «sus pinturas son siempre abstractas y no tienen muchos detalles, pero hay en ellas el mismo sol que nos ilumina, el mismo aire que respiramos, allí está el espíritu mismo de la naturaleza (2).» Además de los estudios sobre los jardines de Aranjuez, pintó Velázquez otros varios paisajes, copiando vistas de Sevilla y sus paseos, del Escorial y del Pardo. En el Real Museo hay una copia de un cuadro de Velázquez que representaba una de las suntuosas cacerías que en tanta frecuencia tenían lugar en el Pardo, y para las cuáles se gastaban inmensas sumas con escándalo del pueblo que una vez exclamaba al dirigirse Felipe V en tren de caza por una de las calles de Madrid, «valdría mas señor que salierais a cazar franceses que son los verdaderos lobos que nos roen.» La campiña de Roma, y la villa de Médicis que habitó tanto tiempo Velázquez durante su viaje a la ciudad Santa, ofreció también vistas preciosas para el pincel de Velázquez y la pintoresca Venecia, estudios encantadores como las noches de la poética ciudad.

Solo la fecundidad y la facilidad con que dominaba el arte Velázquez puede explicar como tenía tiempo para dedicarlo a la pintura. Felipe IV llamaba para todo a Velázquez, le ocupaba en sus asuntos de un particular interés, no se pensaba nada que no se pidiera el parecer de Velázquez, encargóle la clasificación de los cuadros que había en cada uno de los Reales Palacios, él mismo debía cuidar de la colocación de los modelos de escultura que había traído de Italia, eran continuados y muy frecuentes sus viajes al Escorial, al Pardo y Aranjuez, ministro por decirlo así de las artes, estaba en continua correspondencia con los virreyes y embajadores en los Estados de Italia, ya para la adquisición de nuevos cuadros, ya para que informasen de los artistas que se distinguían y de las producciones que obtenían un éxito señalado, dando instrucciones y pidiendo informaciones como hubiera podido hacerse con los negocios mas elevados del Estado. A estas ocupaciones debió reunir Velázquez el cargo de Aposentador Mayor bastante por sí solo para ocupar la vida de un hombre. Las fiestas de la corte tenía que dirigir las Velasquez, las funciones del Retiro, las representaciones del teatro se ejecutaban y hacían siempre bajo la inspección del gran artista. En los viajes de la Corte tenía que adelantarse a la comitiva para preparar los alojamientos, dirigir la etiqueta, y cuidar de todo lo que se refería al servicio del Rey. Si Velázquez hubiera podido viajar con la comitiva libre de tantos cargos y ocupaciones, hubiera dejado sin duda mas recuerdos artísticos de los viajes que hizo con el Rey Felipe IV. parece sin embargo que en medio de la agitación que debían causarle las ocupaciones de su destino había trabajado y se preparaba para dejar a la posteridad un recuerdo de las suntuosas y fiestas que se celebraron a las orillas del Bidasoa con motivo de haberse firmado en la isla de Faisanes la paz de los Pirineos. La Corte se había trasladado a las orillas de aquel célebre río para poner término a las guerras extranjeras del reinado de Felipe IV, con un tratado que no debía cumplirse y con un enlace que debía ser causa de nuevas guerras y de nuevas turbulencias en el reinado de Carlos II. El lujo que se desplegó en aquel viaje, la riqueza con que la nobleza castellana se presentó a rivalizar con los caballeros franceses, las fiestas que en Fuenterrabia, se sucedían mientras permaneció la Corte, eran como los últimos suspiros de la

(1) Viardot. *Musées d'Espagne*, pág. 132.

(2) *Annals of the artists of Spain*.

(1) En el Real Museo se conserva el cuadro que representa el paseo de la Reina en Aranjuez y una vista de la Fuente de los Tritones.

(2) *Cife of Wilkie*, vol. II.

grandeza de la clase de Austria demasiado débil ya para ofuscar el astro radiante que guiaba el camino de Luis XIV, y cuya gloria debía eclipsar para siempre la gloria de los Reyes de España. Velazquez hubiera tenido ancho campo para ocupar su pincel en las pinturas de estas suntuosas fiestas. Su habilidad como retratista nos hubiera dejado preciosos retratos de Luis XIV, y de la Reina madre de Francia, hermana de Felipe IV. El cardenal Mazarino y el frío y seco D. Luis de Haro con su nuevo título de príncipe de la paz. Turena con los recientes laureles de la victoria de las Dunas, el viejo mariscal de Villeroy, y el joven duque de Crequi, Medina de las Torres, modelo y espejo de la grandeza de España, el joven Guiche, futuro héroe de cien escenas de amor y del gran paso del Rhin, Monterey y Heliche, todos se hallaban en aquel sitio famoso (1) y todos eran amigos y admiraban á Velazquez, cuyas figuras hubiera podido transmitir á la posteridad con la verdad artística de su pincel. Las fiestas y paseos campestres que se sucedían todos los días, los bateles de Pasajes y los navíos de guerra como el Roncesvalles que saludaba el alba en cien disparos de artillería habían ofrecido mil y mil asuntos que Velazquez hubiera copiado en sus lienzos como los jardines de Aranjuez y del Pardo, como la campiña de Roma y las fiestas de Venecia. El estudio especial de los diversos caracteres de los grandes, de los nobles y de los criados allí reunidos, hubieran sido preciosos estudios para sus cuadros de tipos que tanto renombre le habían alcanzado, y las procesiones de Burgos, las corridas de cañas y toros, y las mojigangas de Valladolid hubieran sido asuntos preciosos para el pincel que sabía trasladar al lienzo con tanta verdad las escenas de la vida. Los últimos años de Velazquez hubieran sido años de fortuna para las artes cuando ya agotados todos los asuntos que diariamente le rodeaban en su vida cortesana de Madrid, el viaje á Fuenterrabía le había abierto vastísimo campo para nuevos trabajos y nuevos estudios. El Rey y la Corte hubieran deseado sin duda ver reproducidas aquellas magníficas escenas en que había figurado como artesano y artista el mismo Velazquez y el gran artista había estudiado y lo preparaba en su viaje, pero este viaje que le había fatigado de un modo extraordinario fué el término de su carrera y de su vida, pues apenas llegado al seno de su familia y cuando empezaba á ocuparse nuevamente en su estudio y en las funciones de su empleo una grave enfermedad terminó la gloriosa vida de ese genio del arte que había vivido tan querido y tan alhajado por los reyes y por el pueblo.

E. V.

CORRESPONDENCIA EXTRANJERA.

Londres 3 de marzo.

Antes de reseñar las tareas parlamentarias del mes que acaba de espirar, me parece oportuno hacer á los lectores de la CRÓNICA una ligera descripción del palacio de Westminster, en la cual están comprendidas la cámara de Lores y la de los Comunes. Este soberbio edificio gótico, el mejor de su género que existe en Europa, está enclavado en la orilla izquierda del Támesis, entre el río y la célebre abadía de Westminster, de la cual hablaré también á V. cuando se presente una oportunidad para ello. El anterior, devorado por las llamas en 1834, ocupaba la misma situación. Su extensión cubre un área de ocho acres, tiene cien escaleras, mil y cien departamentos, y mas de dos millas de corredores.

(1) Stirling Annals of the arts of Spain.

La magnificencia de esta obra de arquitectura clásica, escede á toda ponderación. Al descender ó ascender el Támesis, la vista del viajero es atraído irresistiblemente hácia la fachada que dá al río, su mas noble y bello lado, sus ricas esculturas, sus bajos-relieves, sus tegidos de filigrana en el granito de Aberdeen, sus innumerables y graciosas torrecillas, y sobre todo, hácia la torre Victoria, de trescientos cuarenta piés de elevación y setenta y cinco cuadrados, y la torre del reloj, de trescientos veinte de altura, con cuatro enormes esferas de treinta piés de diámetro cada una, y una profusión de remates tan brillantemente dorados como los de una corona imperial.

Esta obra maestra fué construida por el arquitecto Barry, y costó á la Inglaterra dos mil seiscientos millones de reales.

La cámara de Lores es la mas rica y lujosa del mundo. Su extensión es de noventa y siete piés, su altura de cuarenta y cinco, y de cuarenta y cinco su anchura. La Inglaterra ha prodigado á montones el oro para hacer esta Cámara digna de sus nobles ocupantes. El trono, las pinturas al fresco, las figuras pintadas en las ogivas, emulando las de las antiguas catedrales, los nichos para las estatuas de los varones que dotaron á Inglaterra de la Magna Carta, monumento glorioso erigido á la libertad y base de la actual Constitución inglesa, y las armas de los soberanos de este país, son los objetos que uno singulariza inmediatamente despues de la impresión producida en el ánimo por la admiración de tan suntuoso conjunto.

Los frescos representan el bautismo de Ethelber, Eduardo III, confirmando la orden de la Jarretiera al príncipe Negro, el príncipe de Gales, aprisionado por haber pegado al juez Garcaigne, el Espíritu de la religión, el Espíritu de la caballería y el Espíritu de la ley.

La cámara de los Comunes es de un carácter mucho mas sencillo, y de aspecto un tanto sombrío. Su elevación y anchura son iguales á las de la de los Lores, pero su longitud es treinta y cinco piés menor. Una de las cosas mas notables de esta Cámara es la techumbre, dividida en cinco compartimientos transparentes, por medio de los cuales es iluminada con gas. La silla presidencial está al Norte, y es de estilo gótico y en armonía con su decoración. Sus galerías son abiertas y espaciosas.

El número de los miembros del Parlamento se eleva á seiscientos cincuenta y seis. Inglaterra propia y el condado de Gales envían á él cuatrocientos noventa y ocho, Irlanda ciento cinco y cincuenta y tres Escocia. Su presidente goza de muy grandes prerrogativas y una alta posición; tiene un sueldo de seis mil libras esterlinas y un palacio lujosamente amueblado, y es elevado á la dignidad de par del reino, con una pensión de cuatro mil libras esterlinas cuando esta termina. Este destino es, por lo tanto, tan codiciado como el de ministro de la Corona.

En mi última revista daba á V. la descripción de la apertura del Parlamento y el análisis del discurso leído en esta ceremonia por la reina Victoria. En la presente voy á hacer una reseña de las tareas parlamentarias, aunque concretándome solo á los puntos principales, para poder hablar de otras materias.

La primera semana se pasó toda en los debates á que d ó lugar la contestación al discurso de la Corona, y en las cuales se discutieron la cuestión de la reforma parlamentaria y la política extranjera del gobierno. En la una y la otra salió es-e triunfante. Como yo había previsto en mi análisis del discurso de la Corona, los reformistas atacaron furiosamente á lord John Russell, por no haber abordado la cuestión de la reforma parlamentaria, que le había servido de pretexto para escalar el poder; pero este se defendió diciendo, que el gobierno había introducido en la Cámara un bill con este objeto, y que esta lo había estrangulado porque no tenía abne-

gacion suficiente para inmolarse en aras de los derechos populares.

En la cuestion de la política extranjera fué atacado por lord Derby en la cámara de Lores, y por M. Disraeli en la de los Comunes. Estos dos jefes del partido tory se empeñaron en probar que el gobierno había intervenido demasiado en la cuestion de Italia, y pidieron se pusiesen sobre la mesa de la Cámara los documentos diplomáticos relativos á ella. El ministro de Estado respondió triunfantemente á estos cargos, y demostró que, por el contrario, su política había sido de estricta no intervencion. La publicacion de los despachos pedidos vinieron á demostrar la exactitud de esta asercion. Por ellos se viene en conocimiento de que, aunque este gabinete se opuso á la invasion del reino de las Dos Sicilias, cuando esta se verificó, no quiso unirse á la Francia para impedir que Garibaldi cruzase el estrecho de Messina, que estuvo instando constantemente á Napoleon III para que evacuase Roma lo cual prometió el emperador sin cumplirlo nunca; y por último, que la retirada de la escuadra del almirante Barbier de Tinan, se debió á la presion ejercida por el gabinete de Saint-James sobre el de las Tullerías. La lectura de estos despachos hizo que el país confirmase el triunfo obtenido por el gobierno en el Parlamento.

La segunda semana se distinguió por la presentacion del gran proyecto de ley del procurador general para reformar las leyes de bancarrotas. Este proyecto ha sido recibido con mucho favor por la opinion pública, y se halla á punto de pasar á la cámara de Lores, donde será sin duda aprobado. Aunque no tan comprensivo como el de la pasada legislatura, está destinado á producir grandes beneficios al país en general y al comercio en particular.

Consta de doscientas cincuenta cláusulas, la mitad del anterior, y sus rasgos característicos son, la abolicion parcial de la prision por deudas, la simplificacion de los procedimientos del tribunal de bancarrotas y la disminucion de gastos, la separacion del poder judicial del administrativo, el nombramiento de un juez en lugar de los dos comisionados existentes, las grandes facilidades que se dan á los acreedores para la distribucion de los bienes del insolvente, sin necesidad de recurrir al tribunal, y finalmente, la desaparicion de la diferencia entre bancarrota y la insolvencia.

En dicho periodo fueron tambien discutidas la cuestion del estado de Méjico, sobre la cual dijo lord John Russell, que este gobierno estaba á punto de hacer un arreglo con el de Juarez, espresando al mismo tiempo la confianza de que con el triunfo de este, mejoraria la condicion de aquella república; la de la dificultad con los Estados-Unidos sobre la isla de San Juan, tambien en via de arreglo, y otras varias sobre proyectos parciales de reforma parlamentaria. En la Cámara alta, solo ocurrió digno de contarse, la introduccion de un bill, pidiendo el establecimiento de Cajas de ahorros en las administraciones de correos, garantizadas enteramente por el gobierno, y en las que las clases obreras podrán depositar desde un chelin en adelante, sus economías, al módico interés de un dos y medio por ciento al año. Este proyecto que á primera vista parece insignificante, tiene para mí una alta significacion política. El gobierno quiere indenticar hasta tal punto los intereses del Estado con los del pueblo, que sean poco menos que imposible esas revoluciones sociales tan desastrosas en nuestros tiempos para los tronos y las dinastías. Práctica fiel de las instituciones liberales, libertad absoluta de imprenta, de la palabra, de conciencia, de industria; bienestar del pueblo, y sobre todo, gobernar lo menos posible, y hacer el yugo del gobierno tan ligero como una pluma, hé ahí el específico efficacísimo con que este conduce en calma la nave del Estado por medio de tantos Scilas y Caribdis como la rodean en nuestros azarosos tiempos.

Durante la tercera semana, se discutió en la Cámara alta la cuestion de China. En esta discusion, lord Ellenborough, acusó al gobierno de haberse conducido con injusticia hacia los chinos, y predijo una nueva guerra. Lord Wodehouse contestó que la destruccion del palacio de verano había sido una medida necesaria para castigar la mala fé de los que habían capturado á traicion y torturado y asesinado cobardemente á diez y nueve de la comitiva del cónsul Parkes. Los que censuran este rigor tan político como necesario, ¿habrian preferido que un tal crimen hubiese sido expiado con la sangre de cuatro pobres diablos, tal vez inocentes, que habria abandonado sin duda el gobierno chino á la venganza justísima de los aliados, siendo él mismo el perpetrador de esta traicion villana? Dificil se me hace creerlo.

He leído un artículo en la Crónica en que se hace una tentativa por contradecir lo que yo y otros hemos dicho sobre el deplorable estado de Pekin; pero que en realidad solo se enumeran algunos de los edificios públicos que contiene. Así, pues, mientras no se niegue que todas sus calles están desempedradas y llenas de inmundicias, que sus edificios públicos están ruinosos y abandonados hasta el punto de no haber hallado la embajada inglesa donde alojarse hasta que el principe Y.... prestó su palacio, el cual fué necesario cuatrocientos trabajadores para hacerlo habitable, que las murallas están tambien ruinosas en muchos puntos, y finalmente, que las casas en general tienen necesidad de reparaciones, nuestros cargos quedarán en pié. Lo mismo material que moralmente, el estado de la capital del Celeste imperio es ruinoso, como lo prueban las recientes descripciones y los grabados del *Illustrated London News*.

En la cámara de los Comunes se volvieron á presentar ciertos proyectos de reformas parciales; pero fueron desechados como los anteriores. En la discusion sobre el *in come-tax*, el gobierno ha sufrido una derrota. Como este impuesto, transitorio en su origen, se ha perpetuado, se trataba de mitigar su rigor en lo relativo á los sueldos é ingresos de los literatos, las clases industriales y los hombres de profesion. Se alegaba con justicia que 200 libras esterlinas de renta por ejemplo, procedentes de bienes raíces, ú otras no menos seguros, no debian pagar la misma cuota que una suma idéntica ganada con la pluma. La una no está sujeta á la salud, ni puede variar con las circunstancias; la otra depende del estado del intelecto, y es transitoria como la virilidad. Estas razones incontestables no convencieron sin embargo, á M. Gladstone, á pesar de su claro entendimiento, y de deber su elevacion á la literatura, pero sí á la cámara de los Comunes. De ahí el contratiempo ministerial.

La caída de Gaeta produjo tambien una discusion en la cual dijo lord John Russell que Víctor Manuel se había conducido en Italia con grande humanidad, y que la severidad de los Abruzzos había sido provocada y justificada por los excesos de la reaccion.

La cuestion de la ocupacion de Siria por los franceses, ha sido discutida últimamente en ambas Cámaras. Lord John Russell ha declarado que esta ocupacion prolongada, va á hacer mas daño que provecho á los intereses que trata de proteger. Sus consecuencias empiezan ya á hacerse sentir. Los maronitas se han abandonado á excesos dignos de los drusos, asesinando á estos á centenares, sin considerar el sexo ni la edad, bajo las alas protectoras de los franceses. El odio de tribus es mas grande que nunca, y la usurpacion de los derechos del Sultán no es la circunstancia mas á propósito para rodear de prestigio y fuerza su autoridad. La cadencia general aquí es que Rusia trata de obtener por la diplomacia lo que no pudo conseguir por las armas. La Francia favorece sus secretas miras, porque espera recoger una buena parte de la herencia del *enfermo*, el cual se duda que sobreviva al rudo golpe que acaba de descargarle Mirés.

La causa de la libertad religiosa alcanzó un señalado triunfo el miércoles 27 del pasado. El proyecto pidiendo la abolición de la contribución de cultos, ha sido adoptado. La discusión á que dió lugar este *bill*, fué terrible. Las primeras espadas parlamentarias tomaron parte en ella, como sucede siempre que se trata de controversias religiosas. Lord John Russell y M. Bright hablaron en pró de la abolición, M. Disraeli y M. Gladstone en contra. Lo mas notable de esta lucha ha sido el haber cruzado sus espadas los dos miembros mencionados del gabinete. El ministro de Estado y el jefe de los radicales pelearon lado á lado. La manzana de la discordia fué sir Trelawny, el autor del *bill*. Según el estado de exasperación á que ha llegado esta cuestión, se cree que este proyecto pasará tan fácilmente por la cámara de Lore como una aguja por el ojo de un camello.

En la discusión sobre el tráfico de negros, lord Palmerston ha bautizado á España con algunos epítetos mal sonantes, y llamado á nuestra noble Antilla «centro de abominaciones.» Su paroxismo de indignación fué, sin embargo, un tanto afectado, y lejos de hacer participar de él á la Cámara, la divirtió un buen rato. Su ataque fué, además, modificado con ciertas flores acerca de «la nobleza de carácter de los españoles como particulares,» y el progreso de las instituciones liberales en España. Sus palabras se dirigieron mas bien á la filantropo-manía del pueblo inglés que á nuestro país. Por lo demás, yo creo que España es hoy bastante grande para perdonar este inocente desahogo al noble lord.

El *odium teologicum* está haciendo aquí tan terribles estragos como en Francia en estos momentos. El mundo religioso se halla en nuestros tiempos tan agitado como el mundo político. La Iglesia anglicana está amenazada de un nuevo cisma. Siete miembros de ella, profesores al mismo tiempo de teología y otras ciencias en las universidades de Oxford y de Cambridge, han publicado un libro titulado *Ensayos y Revisiones*, en el cual se abordan las cuestiones teológicas mas profundas, y se atacan las doctrinas y el dogma de la Iglesia anglicana, de la manera mas atrevida y poco ceremoniosa del mundo. Para que pueda V. formarse una idea del atrevimiento de estos nuevos reformistas, bastará decirle, que, á pesar de ser este un país eminentemente de discusión, ninguna controversia religiosa ha causado aquí tanta sensación desde Lutero hasta nuestros días.

Las cuestiones interiores y extranjeras, la reforma parlamentaria, el presupuesto, la cuestión de Italia, el escándalo Mirés, la introducción de instituciones liberales en el imperio austriaco, la controversia religiosa que ruge en Francia, y en la cual el obispo de Poitiers compara á Napoleon III á Poncio Pilatos, todo ha sido eclipsado por esta disputa, cuyas consecuencias son imposibles de prever. Una especie de concilio ha condenado ya la nueva doctrina, y una falange entera de obispos ha abierto un fuego terrible contra estos heréticos *Ensayos*. Sus autores han adquirido una celebridad que ciertamente no se esperaban. Los mas fanáticos no se contentan con que el concilio de los obispos haya condenado el libro, sino que piden la expulsión del gremio de la Iglesia de sus autores; y si viviéramos en los buenos tiempos de Enrique VIII ó Elizabeth, tal vez pedirían se volvieran á encender las hogueras de Smithfield. En honor del buen sentido del pueblo inglés, debo decir, sin embargo, que en lo general, estas fieras controversias teológicas lo afectan poco, y que en conciencia, se halla curada de espanto. En esto tienen razón, porque

When doctors disagree, who isto decide?

Uno de los acontecimientos que ha dado mas pasto á la crónica escandalosa de estos últimos tiempos, es el caso de bigamia que se ha estado juzgando durante la semana pasada en Irlanda. De la evidencia producida ante el jurado, se

deduce que el honorable Carlos Selverton, capitán de artillería, comandante de ejército y heredero del vizconde Avamora, par del reino por Irlanda, contrajo matrimonio en junio de 1858, con la viuda del profesor Jorbes, la cual poseía una fortuna de 50,000 libras esterlinas, ó sean cerca de cinco millones de reales. El futuro lord de Inglaterra había, sin embargo, contraído otro matrimonio anteriormente con la señorita Teresa (nombre immortalizado por Espronceda) Longwarth, hija de un comerciante de Manchester, perteneciente á la religión católica, de una educación mas esmerada y de un corazón mas noble que el de su innoble é infiel marido.

Cinco años estuvo este con la verdadera flema de un inglés haciéndola el amor. Durante este largo período, la perseguida joven estuvo en Italia concluyendo su educación, y en Crimea, como hermana de caridad, con la buena y caritativa cristiana la señorita Nighlingale. Los dos amantes se volvieron á ver en los hospitales del Oriente, lugar poco á propósito por cierto para el amor. En todo este tiempo su correspondencia fué sumamente apasionada y cordial. Ningun autor de novelas, ha escrito jamás, epístolas tan tiernas y apasionadas y poéticas. Pero como desgraciadamente, el matrimonio, en vez de ser el complemento del amor, es, como dice Byron, su fin, el moderno Romeo tan luego como estuvo en posesión de su Julieta trató de buscar medios de deshacerse de ella.

El primero que se le ocurrió, fué el de enviarla al polo ártico; el segundo, la anulación del matrimonio celebrado en una iglesia católica, y según el ritual romano. Por las leyes inglesas, este casamiento es nulo por no haber sido solemnizado por un ministro de la iglesia anglicana; pero según las leyes del honor, la religión y de la conciencia, es perfectamente válido. El juicio ha terminado ya; pero el jurado no ha pronunciado todavía su veredicto. Cualquiera que este sea la conciencia pública ha condenado de antemano el indigno proceder de este noble sin nobleza, y cubierto con sus simpatías á su víctima.

Figúrese V. cuál será el estado de inquietud de estas dos pobres mujeres con la terrible calificación de *concubina* pendiente como la espada de Damocles sobre sus cabezas de Gorgona.

J. S. BAZAN.

¿PUEDEN LOS GOBIERNOS DISPONER

DE LOS BIENES DE LA IGLESIA (a)?

XVI.

La facultad de adquirir que los bárbaros devolvieron á la Iglesia no había sido, sin embargo, ilimitada, y desde muy al principio comenzaron además, todos los gobiernos á poner trabas á sus adquisiciones, siguieron dificultándolas á manera que la amortización crecía, y llegaron hasta á prohibirlas tan luego como la riqueza eclesiástica iba ocasionando la pobreza general.

Así vemos que los longobardos no autorizaron á la Iglesia sino para que cada parroquia adquiriese el territorio que pudieran labrar dos esclavos (192). Después de ellos se observó en toda la alta Italia una ley que prohibía adquirir inmuebles á las personas y corporaciones exentas de la jurisdicción ordinaria, y, por lo tanto, á la sociedad eclesiástica (193); á cuya disposición siguieron otras con iguales tendencias en los diversos estados erigidos en aquel país.

En el ducado de Milan se prohibió á la Iglesia ad-

(a) Véase el número anterior.

(192) Ley Longobarda, lib. 5, tit., 1.º cap. 46.

(193) Graffis, Decion, P. 1.ª, lib. 4, cap. 18.

quirir bienes raíces sin permiso del gobierno, y que las comunidades religiosas sustituyesen á los que profesaban en sus derechos á las herencias (194). Gran empeño tuvo la corte de Roma en que la de Madrid declarara abolida una y otra ley cuando perteneció el milanésado á España, pero los dos Eelipes II y III supieron resistirlo (195).

En la república de Luca no fué lícito desde sus primeros tiempos trasferirle inmuebles, censos, ni aun dinero en cantidad mayor de 200 escudos (196).

A mediados del siglo XIV no podía en la de Venecia poseer los inmuebles mas que 10 años, tiempo que en 1536 se redujo á dos, y dentro del cual estaba obligada á enagenarlos. En el caso de que no lo hiciera los vendía el «Consejo de los diez» en pública subasta. Para adquirirlos le era necesario obtener licencia del gobierno que confiscaba cuanto habia salido sin ella de poder de los seglares (197). Paulo V solicitó la derogacion de estas leyes y puso entredicho en la república para intimidar al Senado; pero habiendo sostenido este con firmeza los derechos de la potestad temporal se convenció de que su pretension era absurda, alzó el entredicho, y las leyes sigieron en observancia (198).

En la de Génova estuvo inhabilitada para adquirir esa clase de bienes tanto por título oneroso como lucrativo (199). El gobierno se hacia cargo de los que le donaban ó legaban, los vendía á seglares en pública subasta, é imponiendo el precio en el «Banco de San Jorge» no le dejaba otra cosa que el derecho de cobrar los intereses (200).

Francisco III prohibió en el ducado de Módena dar ni vender bienes raíces á la Iglesia sin permiso del gobierno. Los testamentarios debían solicitarlo en el término de dos meses para que fueran válidos los legados (201).

En el de Parma reprodujeron los duques en varias ocasiones la ley que vedaba adquirir á los exentos de la jurisdiccion ordinaria; pero tantas fueron, no obstante, las adquisiciones de la Iglesia que en 1764 se mandó que nadie pudiera venderle, donarle, ni legarle, no tan solo inmuebles sino muebles, censos y acciones (202).

Finalmente, en Cerdeña le impuso Manuel Filiberto la obligacion de solicitar licencia del gobierno para hacer adquisiciones de inmuebles. En el siglo XVI no podían ya heredar los religiosos de uno y otro sexo, ni tampoco las comunidades, ni recibir estas de los que profesaban sino la tercera parte de sus bienes muebles. Carlos Manuel I sujetó la propiedad eclesiástica al pago de tributos (203).

Así como en el norte hubo desde muy antiguo en el mediodía de Italia leyes de amortizacion.

Prohibido estaba en Sicilia que la Iglesia poseyera inmuebles. Ni por donacion ni por venta, sino únicamente por testamento podía adquirirlos, pero obligándose á enagenarlos en el término de doce meses (204).

(194) Bosio, «Tract. de Princip. et ejus privilegii», 329.

(195) Herrera, «Informacion en hecho y relacion de lo que pasó en Milan desde 1595, á 1598» cap. 34.

(196) Decreto del Senado de 7 de setiembre de 1764.

(197) «Statutorum ac Venetorum legum», lib. 6, cap. 57.

(198) Amelot de Housaye, «Differend de Paule V. avec Venisse», lib. 2.

(199) Casarregis, «Statuta Genuæ», Res. 1, 16.

(200) Ley de 15 de marzo de 1762.

(201) Decreto de 12 de setiembre de 1765.

(202) «Exigiendo el bien público que se ponga remedio á la ilimitada afluencia de bienes que adquieren las manos muertas, las cuales particularmente de un año á esta parte se han hecho dueñas de una prodigiosa cantidad de los mejores y mas fértiles terrenos;

«Prohibimos vender, donar, ceder, permutar, directa ó indirectamente, ni en usufructo á manos muertas muebles, inmuebles, acciones de banco, censos, dinero, acciones y derechos.» Decreto de 25 de octubre de 1764.

(203) Código de Victor Amadeo, lib. tit. 4, art. 1.º

(204) Federico II renovó la ley que esto disponia calificándola ya de «antigua.»

Federico II renovó en Nápoles esta misma ley, vigente allí desde tiempo inmemorial. Los reyes de la casa de Anjou la derogaron; pero fué restablecida en el siglo XVIII, y ampliada á las cofradías y congregaciones.

Childerico III puso entre los francos las primeras limitaciones á la facultad de adquirir de la Iglesia. A contar desde entonces necesitó esta en Francia licencia real para cada adquisicion, y sus bienes pagaron los mismos tributos que los que se hallaban en poder de los seglares (205). Lejos de derogar estas leyes Carlo Magno, que tan rica la hizo, fué mas allá todavia, y á imitacion de los longobardos señaló un maximum para su propiedad. Por cada parroquia debia adquirir, segun sus *Capitulares*, dos *mansos* (206), pero nada mas; y la exencion de tributos que le concedió alcanzaba tan solo á uno de ellos (207). Durante el feudalismo no pudo adquirir sin licencia de los señores, (208). San Luis renovó la ley de Childerico III (209); Felipe el Animoso añadió á ella la obligacion de pagar ciertos derechos por el permiso de amortizar, y otros por el de retener las propiedades ya adquiridas, que hizo efectivos apremiando con la confiscacion; Felipe IV mantuvo en observancia estas disposiciones á pesar de los manejes del clero; Carlos IV confiscó los bienes adquiridos sin licencia; y Carlos V, Carlos VI, Luis XI, Francisco I y Enrique II, reprodujeron la ley de Felipe el Animoso aumentando sucesivamente los derechos del permiso desde 1/6 hasta 1/3 del valor del inmueble que se pretendia amortizar, y sugetando las adquisiciones eclesiásticas al pago de toda clase de tributos (210). Luis XV mandó que no se dieran las licencias con facilidad, por que *una gran parte de los bienes raíces de Francia se hallaba en poder de la iglesia*, lo cual era contrario á la utilidad pública (211), y Luis XVI, dió varias ordenes en igual sentido antes de la revolucion.

En Austria estuvieron vigentes en un principio los capitulares de Carlo Magno; Maximiliano I, prohibió que la Iglesia adquiriese *tierras, casas y derechos reales* sin licencia del gobierno, dando además el derecho de retracto á los parientes del que enagenaba (212); Fernando I amplió á todos los seglares el derecho de retraer; en 1669 se declararon nulas todas las adquisiciones hechas sin permiso, y Carlos VI dispuso *para evitar la ruina del estado* que nadie pudiera vender, donar, ni trasferir de cualquier otro modo *tierras, casas ni derechos reales á la Iglesia*, que si á pesar de ello adquiria algunos bienes de esa clase los vendiera en el preciso término de año y dia, y que cualquier ciudadano pudiera ocuparse si los retenia mas tiempo (213), y en 1720 anuló todas las adquisiciones posteriores á 1669, que volvieron á poder de los seglares (214).

Fernando I restableció en Baviera, donde tambien se observaron los *Capitulares*, la necesidad del permiso del gobierno, y Maximiliano José prohibió las adquisiciones (215).

(205) Chopin, «de dom. Reg. Franc.» lib. 1.

(206) «Partib. Saxon.» lib. 1.º cap. 15.

(207) «Sancitum est ut unicuique ecclesiæ unus mansus integer absque ullo servitio attribatur.» Capitulares, partib. sax. lib. 1.º cap. 83.

(208) Así lo prueba una concesion que en 1159 hizo Hugo, vizconde de Chasteaudun y señor de Mont-Doubleau á la abadia de Tiron para que adquiriese ciertos terrenos. Puede verse en Chopin, *de Legib. Audegav.* lib. 1.º, cap. 57.

(209) Roye, «Inst. Jur. Can.» lib. 2, tit. 22.

Se conservan dos licencias para amortizar, que en 1261 y 1269 dió al convento de Trinitarios de Paris. Chopin, *de dom. Reg. Franc.* lib. 1.º tit. 13.

(210) Hericourt, «Tratado de las leyes eclesiásticas de Francia, part. 4, cap. 3.

(211) Oodenanza de 1749.

(212) «Codex legum Austriæ», part. 1.ª 185.

(213) Constitucion de 4 de agosto de 1716.

(214) Constitucion de 3 de setiembre.

(215) Schmid, «Disc. pro leg. amortizat.»

Una antigua ley las veda en Sajonia sin licencia de la autoridad temporal (216).

En Holanda, el conde de Flandes, Guy, incapacitó á la Iglesia para adquirir inmuebles. Carlos I de España reprodujo la ley y la hizo extensiva á los hospitales, colegios y otras manos muertas. En 1530 mandó que sin permiso de los señores, no le fuera lícito hacerse dueña de bienes alodiales, feudales ó enfitéuticos, y diez y ocho años después, que en todas las ventas de inmuebles jurase el comprador, que no adquiría para ella (217).

Los conquistadores no la facultaron en Inglaterra mas que para adquirir dos acres de terreno por parroquia, y Eduardo I prohibió, en 1278, venderle, donarle ó legarle inmuebles, juros y rentas sin licencia real (218), prohibición que pasó á la *Carta Magna*.

D. Alonso II decretó en Portugal que no pudiese adquirir por título oneroso, sin licencia del gobierno. En la concordia que, autorizado por Nicolás IV para pactar lo que fuera *canónico, racional y no contrario á la libertad eclesiástica* (219), celebró el clero con D. Dionisio, se renovó la misma disposición. Algunos años después fueron confiscados por orden de este rey todos los bienes adquiridos sin licencia (220).

Pedro I y Juan I reprodujeron lo mandado por don Alonso, haciéndolo extensivo el segundo á todas las adquisiciones, así como también D. Alonso V y D. Manuel (221). Las comunidades religiosas estuvieron inhabilitadas para poseer los inmuebles mas que un año y un día desde muy antiguo. Reinando Felipe IV, intentó el Nuncio, por orden de Urbano VIII, derogar estas leyes; pero así como en Milan y en Venecia, tuvo Su Santidad que ceder, y continuaron en observación.

XVII.

En ninguna parte fueron, sin embargo, tan antiguas ni tan continuadas las leyes contra las adquisiciones de la Iglesia, como en España.

Juntamente con gran parte de sus bienes raíces (222) perdió la facultad de adquirir, al establecerse los visigodos en la Península. Perseguida sin cesar desde Eurico hasta Recaredo, pasó muy cerca de dos siglos en la mayor pobreza (223). Al abjurar este el arrianismo, la habilitó para adquirir; pero imponiéndole la obligación de solicitar permiso del gobierno siempre que hubiera de verificarlo (224). Sus sucesores añadieron á esta

otras limitaciones en leyes que el *Fuero Juzgo* recopiló, y segun las cuales, los solariegos no podían desposeerse de su propiedad *por ninguna manera*, ni los pecheros *dar, nin vender, nin camiar, nin enaienar* sus bienes sino á otros que también lo fuesen, disposiciones encaminadas á *guardar las cosas que son de comun* (225), así como tampoco los siervos de la corte *dar tierras ó siervos á iglesias* (226). En el caso que estos quisieran dejar algo *por su alma*, había de ser de los bienes muebles; y si toda su propiedad era inmueble, podían vender de ella *a otros siervos de la corte* y dar á las *iglesias de el precio que ende ovieren* (227).

Únicamente á los nobles les era lícito, por lo tanto, transferir bienes raíces á la iglesia; pero no sin trabas. Así vemos que los que tenían hijos, se hallaban incapacitados para *dar á la iglesia ó á otros lugares* mas que la *quinta parte de lo que ovieren*, con el objeto de evitar, continúa la ley que lo dispone (228), que *sandiamiente despiendan mal sus cosas* y que el estado *pierda lo que non debe perder*; y las mujeres para *dar mas de la cuarta parte de sus arras á la iglesia ó á otra parte* (229) *é de la quinta* de las donaciones esponsalicias (230). A mas de todo esto, no heredaba la Iglesia á los eclesiásticos, á no ser que murieran sin testamento ni parientes (231), estaba prohibido que sus siervos se casasen con mujeres libres por que los hijos serían *siervos de la iglesia con todas sus cosas* (232), y no podía adquirir por título oneroso, ni por los conventos, sino únicamente por las *iglesias* (233).

Hay quien opina que Senando eximió de contribuciones á su propiedad; pero prescindiendo de que el canon 57 del concilio toledano 4.º, no habla de *bienes*, sino de *eclesiásticos*, á los cuales dispensó de tributos *personales*, y eso nada mas que á los *ingenunos* ó nobles (234), el concilio 16 pone en evidencia que se continuaron pagando los *reales* (235) mucho después de aquella época.

Imposible parece que con una legislación semejante, pudiera acumular grandes riquezas; pero cuando ocurrió la catástrofe del Guadalete poseía mas bienes raíces que en ningún otro estado católico.

Aquel código y los concilios de Toledo, demuestran que con ellas se hizo general la corrupción. Los obispos eran «duros señores,» con «gran cuidicia,» que tenían á los clérigos «mucho apremiados,» y disponían á su antojo de la propiedad y de las rentas eclesiásticas (236); y por ellos puede juzgarse de lo que serían sus inferiores.

(216) Idem.

(217) «Van Espen, Jur. univ. eccles.», part. 1, cap. 5.

(218) Thorn, «Crónica de los abades del monasterio de Benedictinos de Cantorbery,» cap. 8.

(219) «*Dummodo sit canonicum et rationabile, nec contra libertatem consentiat Prelati quod servetur.*» Bula en que el Papa autorizó al clero para concordar.

(220) Pereira, «de Manu Reg.», tomo 1.

(221) *Ordenanzas*, lib. 2.º, tit. 8.º En el proemio de este se dice que le estaba prohibido á la Iglesia «comprar, nen en pagamento aver de suas dividas nennus beés de rayz, *nem per outro titulo algun os aquerir.*»

(222) No consta que al apoderarse los visigodos de las dos terceras partes de las tierras cultivables, como prueba que lo hicieron la ley 8, tit. 1.º, lib. 10, del *Fuero Juzgo*, respetarán la propiedad eclesiástica; y es de creer, por lo tanto, que perdió con el repartimiento las dos terceras partes de sus bienes raíces, como todos los demás propietarios.

(223) «Antes de esta época (de la de Recaredo) es indudable que la pobreza del clero era mucha.» Masdeu, Hist. de España, título 11.

(224) En el concilio 3.º de Toledo, cán. 15. «*Si quis ex servis fiscalibus ecclesias fortasse construxerint, easque de sua paupertate dotaverint, hoc procuret episcopus prece sua auctoritate regia confirmari.*»

Lo que además de la restricción del permiso real no era tampoco, como á primera vista se comprende, la concesión de una facultad ilimitada de adquirir. Recaredo dejó subsistente la prohibición que la Iglesia tenía de verificarlo, y únicamente la alzó en el caso á que el canon se refiere.

(225) Ley 20, tit. 4.º lib. 5 del *Fuero Juzgo*.

(226) Ley 14, tit. 7, lib. 3.º

(227) Idem.

(228) Ley 1.ª, tit. 5, lib. 4.º, id.

(229) Ley 2.ª, tit. 5.º, lib. 4.º, id.

(230) Ley 4, tit. 2.º, lib. 5.º, id.

(231) Ley 12, tit. 2, lib. 4.º, id.

No dice parientes en absoluto, sino «heredero hasta séptimo grado;» pero la 7.ª, tit. 1.º del mismo libro, no reconoce parentesco mas allá de ese grado «porque da qui adelante, dice, non puede omne fallar nombres... ni aver mas nietos nin linage en sua vida.»

(232) Ley 6.ª, tit. 1.º, lib. 5.º, id.

(233) Así se deduce de la ley 1.ª, tit. 1.º, lib. 5.º del mismo código que es la que le concede la facultad de adquirir. «E por ende establecemos, dice, que todas las cosas que fueren *dadas á las iglesias* que sean siempre firmadas en su juro *de la iglesia.*»

(234) «*Præcipiente Domino atque excellentissimo Sisenando rege, dice, id constituit sanctum concilium, ut omnes ingenui clereci pro officio religionis ab omni publica indictione immunes ut liberi Deo serviant nullaque præpediti necessitate ab ecclesiasticis officiis retrahantur.*»

(235) In princip. 7: «*Nam et hoc honorificentia, vestra promulgare curavit, dice, ut nemo episcoporum pro regis inquisitionibus exhibendis Parroquialium ecclesiarum jura contingat, nec quascumque exinde inquisitiones, aut evectones exigere audeat; sed de prædiis suarum sedium regio culmini solita perquisitionum obsequia deferat, nihil que de rebus parrochialium ecclesiarum causa stipendii cuiuspiam dare presumat.*»

(236) Ley 5.ª, tit. 1.º, lib. 5.º del *Fuero Juzgo*.

XVIII.

Con la invasión de los árabes, volvió nuevamente á la pobreza. En el país que conquistaron perdió sus bienes, y en el reino de Asturias, estuvo en la mayor estrechez durante los siglos VIII y IX (237).

A manera que este se iba engrandeciendo, fué aumentando su propiedad con la parte que le correspondía de lo reconquistado por los servicios militares del clero (238); y con las dos naciones de los reyes y de los particulares.

Pero á pesar de que no se conocía aun el diezmo eclesiástico (239) y de que las oblações eran insuficientes para la sustentación del culto y sus ministros, no podía adquirir bienes raíces de un modo ilimitado. Sabido es que el *Fuero Juzgo* continuó en observancia después de los Wisigodos, y hasta una época inmediata y aun posterior al *Fuero Juzgo*, y de suponer, por lo tanto, que igualmente continuarían sus disposiciones mencionadas; de este último código (240), de las *Leyes del Estilo* (241), de los fueros municipales de Cuenca y

(237) Todavía en los tiempos de D. Alonso III, era tan grande la pobreza del clero, que este rey tuvo que dar á cada obispo para que pudiese vivir, un pedazo de terreno; y era tan escaso el que pudo repartir, que los tres obispos de Braga, Dumio y Tuy tuvieron que contentarse con una sola porción.

Ambrosio de Marales; *Crónica general de España*, lib. 45, cap. 26.

(238) Por costumbre antigua que sanciona la ley 52, tit. 6.º part. 1.ª, estaban obligados á ir á la guerra los prelados con sus clérigos y vasallos. Las tierras conquistadas, y el botín, después de separar el quinto para el rey, como previene la ley 4.ª, título 26, Part. 2.ª, se repartían entre los ricos-hombres, prelados y concejos.

(239) Está fuera de toda duda que no se pagó en España hasta principios del siglo XI. En el concilio de Palencia de 1129, cánón segundo, es donde se habla de él por vez primera. El diezmo á que se refieren documentos de época anterior, no es el *eclesiástico* sino el *tributario*.

(240) «El Monasterio real de Burgos, é el ospital del rey de los otros monasterios del Reino, é de otras órdenes, ó de Fijosdalgo, é de donaciones quel rey aya fecho á ome que non aya de facer al rey peche, nin otra cosa ninguna, mas non de lo del rey, onde el a de aver suos pechos, o los avrie de aver, e los podrie perder por aquella carrera; maguer tengan «privileios algunos que puedan comprar, este es e deve ser el entendimiento del «privileio,» que comprén» lo que deven e non lo que non deven en arte, nin en engaño, nin en ninguna manera é si lo compraren que lo pierdan.» Lib. 1.º tit. 1.º parrafo 3.º.

(241) «Otro si desque «fué ordenade en las cortes de Najera, e otrosi, que fueron fechas en tierra de Leon en Benavente,» fué establecida en las cortes por el Rey de Leon que «realengo no pasase á abadengo,» fué establecido que lo pudiesen vender á las órdenes maguer las órdenes no hayan «previlegio que puedan comprar ó que les pueda ser dado; mas ninguno otro que no sea hijo-dalgo ó que sea fijo-dalgo lo que hobiere en el realengo no lo puede vender á abadengo ni comprarlo el abadengo salvo si hoviese el abadengo «privilegio que lo pueda comprar ó que les pueda ser dado.» Y este privilegio que sea confirmado después de los otros Reyes.» Pero es á saber que cuando mostraron arriendo todos los derechos del Rey que habia en sus Reynos «comenzó á demandar en el Reyno de Leon los heredamientos que fueron mandados ó dexados á las Iglesias y Capellanes; y sobre abadengo.» Pero los hijos-dalgo lo que hoviesen en sus behetrias é lo que no fuese realengo que fuese suyo, esto fue fallado en tierra de Leon, que realengo tan solamente es de los celleros de los Reyes: mas los otros heredamientos que son behetrias el Rey D. Alfonso padre del Rey D. Sancho declarolo así, «que los heredamientos que no los pudiesen vender á abadengo, ni abadengo comprarlos salvo si hoviesen privilegio de los Reyes: mas darlos ó dexarlos por sus almas que los pudiesen dar, mas no en tales lugares que fuesen contra el señorio del Rey.» Ley CCXXXI.

Debe tenerse en cuenta que cuando la ley habla de «órdenes» no es de las religiosas, sino de las «militares,» á las cuales concedieron los Reyes por privilegio especial el derecho de adquirir, segun ponen en evidencia los «Bularios» de las órdenes de Santiago y Alcántara de los años 1243 y 1253 respectivamente.

Baeza (242) y de algunos privilegios y escrituras (243) se deduce que desde el origen de la monarquía necesitó licencia real para sus adquisiciones; y no faltan documentos que evidencien que una vez arraigadas las costumbres feudales tuvo que impetrarla también de los señores (244).

En el siglo X comenzó, sin embargo, á acrecentar su propiedad tan desmedidamente, que á principios del XI era ya escesiva. Así como en las otras naciones produjo semejante resultado una piedad mal entendida y ávidamente explotada. Muy comun fué dar bienes á la Iglesia en precario, á perpetuidad, para recibirlos de ella en usufructo de por vida (245), é instituirlos por heredera, juntamente con los sucesores (246); la mayor parte de las iglesias y conventos de herederos, fundados para que permaneciesen en la propiedad de los regulares, se le incorporaron por título lucrativo en esta época, llegando á haber monasterio que, como el de Sahagun, reunió 132 filiaciones (247); y muchas fueron las ciudades y villas que pasaron también á su poder (248), todo ello *pro expiatione delictorum, cum constet peccatores non posse salvari nisi opera misericordia faciunt, quia sicut aqua exlinguit ignem ita elemosynam exlinguit peccatum*, ó por otras consideraciones semejantes.

Que el clero buscaba las donaciones y las herencias, y que habia abuso en tanta adquisición, aparece plenamente demostrado. El abad de Sahagun obtuvo y publicó una bula que concedia treinta y un dias de indulgencia

(242) «Otro si mandamos e defendemos,» dice el primero, otorgado por Don Alonso X, «que ningun realengo non pase á abadengo ni á ome de orden ni de religion por compras ni por mandamientos ni por cambios ni en ninguna manera que ser pueda sin nuestro mandado.»

Y el segundo:

«E que non lo puedan vender ni dar á Iglesia ni á orden ni á ome de religion sin nuestro mandado.» Ximena, «Anales de Jaen» capitulo 57.

(243) En el privilegio de adquirir que en 1243 concedió Don Alonso IX á la orden militar de Santiago se lee:

«De cetero vero nolo, imo prohibeo, quod realengum meum vel hereditates de junioribus regalengis aliquomodo in regno Legionis sine consensu regio expresse accipietis sive acquiratis.» Bullar. Ord. D. Jacobi, año de 1243.

Y en una escritura de venta que en 1258 otorgaron D. Fernando Garcia y doña Milia Manrique en favor del maestre de la orden de Santiago D. Pelay Perez Correa se espresa que los contratantes impetraron licencia del rey para poder vender y comprar respectivamente, y que el rey la dió diciendo: «Otorgo de facer cumplir é tener este pleyto.» Agurleta, apéndice 167.

(244) Para poder adquirir inmuebles en Alfaro la Orden de Calatrava necesitó permiso de Garci Lopez y de doña Inglesa, señores de la villa, y estos se lo concedieron en 1205 en los siguientes términos:

«Adhuc damus et concedimus vobis, quod omnis homo de Alfaro que dare vobis voluerit donativum unum de peza, vel de vinea, vel de horto, vel de molendino potestatem habeat donandi et vendendi vobis, et vos habeatis potestatem accipiendi et emendi.» Bullar. Ordin. Calatrave, año de 1205.

(245) Escalona, «Hist. del Monast. de Sahagun, Lib. 2, capitulo 5, cita una escritura que puede servir de ejemplo y en la cual se lee:

«Et ego Abbas damus vobis Constanca monasterium S. Felicis cum omnibus pertinentibus suis et cum illis hereditatibus quas vobis dedisti ut hæc omnia teneatis in vita vestra tali convenientia ut cum illo monasterio et prædictis hereditativis suis obediens Abbatibus S. Facundi et secundum ejus mandatum vivatis.»

(246) Potencio y su esposa adoptaron en 952 al monasterio de Sahagun diciendo:

«Ut habeatis nostra partem que vobis quadraverit inter nostros filios.» Escalona, «Hist. del Monasterio de Sahagun, 2.

(247) «Escalona, Hist. del Monast. de Sahagun.»

En las Iglesias y monasterios de Galicia se refundieron mas de 400; solo al de Samos fueron agregados 48, al de S. Martin de Santiago 53, y al de Celanova mas de 40.» Jovellanos, «Informe sobre la ley agraria» nota 21.

(248) Florez, *España Sagrada* y Berganza *Antig. de España*, citase innumerables casos.

á todo el que donara ó legase á su convento (249); el arzobispo de Santiago, D. Diego Gelmírez, arrancaba dones á los penitentes y falsificaba escrituras para aumentar los bienes de su Iglesia (250); y no porque se hicieran fundaciones, mas bien *pro cupiditate* que *pro sanctorum patrocinio* (251), dejaban de ser aceptadas; así era frecuente que los fundadores se aprovschasen de las oblações (252), y que edificaran monasterios, no por la piedad, sino para que sus parientes tuvieran *qué comer y qué vestir* (253).

La conducta de los obispos y clérigos guardó analogía con la que observaban los de otras naciones en la edad media, por efecto de su cualidad de propietarios. La obligación de guerrear, como señores de vasallos y dueños de fortalezas, relajó sus costumbres y los apartó de sus funciones. Desde D. Oppas hasta el Cardenal Cisneros, los vemos en todos los campos de batalla que enseña nuestra historia, y siempre en primer término en las discordias civiles, desde el cómplice de traición del conde D. Julian, hasta el obispo de Zamora, el héroe de Villalar y Tordesillas. En el desempeño del señorío olvidaban á menudo la caridad evangélica, dando ocasion á que se insurreccionaran contra ellos sus vasallos (254); las Cortes reclamaban contra los escándalos que promovían con sus ligas y hermandades (255); en tiempo de San Fernando solían hacer «cosas malas é desaguisadas» (256); y segun Enri-

que III, «los mas de cuantos rufianes é malfechores» habia en su reino, eran *de corona* (257).

XIX.

Necesario se hizo un dique mas poderoso á las adquisiciones eclesiásticas que la legislacion wisigoda y la necesidad de la licencia real y señorial, y Alonso VII y Fernando II lo pusieron en Castilla y en Leon, aquel á mediados del siglo XI en las Cortes de Nájera, y este á sus fines en las de Benavente, prohibiendo que la Iglesia adquiriese *realengos*, así por titulo oneroso como lucrativo, ni otra clase de bienes, á no ser por donacion, con licencia del rey, y tan solo en los casos en que no se siguiera perjuicio á los derechos de la corona (258). Mandaron tambien que la licencia no autorizase para poseer, sino mientras viviese el que la dió (259); y, lo que es mas todavía, que se hiciera pesquisa de lo que la Iglesia habia adquirido en contra de las leyes, y se le obligara á devolverlo con otro tanto por via de pena y el doble de los frutos (260). Y á contar desde entonces, no cesaron de dificultar la amortizacion eclesiástica los fueros municipales, las Cortes y los Códigos.

XX.

Ya los fueros municipales habian procurado contenerla. El de Sepúlveda, de época evidentemente anterior á D. Alonso VI, establece que «ninguno non haya »poder de vender ni de dar á los cogolludos raiz, ni á »los que dejan el mudo,» así como «su órden les vieda »á ellos vender y dar heredad» á los seglares. Pero desde aquel tiempo aumentaron sus prohibiciones. El de Baeza, dado por D. Alfonso VII, y confirmando por varios reyes hasta el décimo del mismo nombre, prescribe que «ninguno pueda vender ni dar á monges ni »a omes de orden raiz ninguna... cuem a ellos vieda su »órden de dar ne vender raiz ninguna a omes segla- »res,» y que el que «entrare en orden lieve con él el »quinto del mueble e non mas; ca non es derecho ne »comunal cosa por desheredar a los suyos dar mueble »ó raiz á monges.» El de Cuenca dispone otro tanto, y la confirmacion que de él hizo D. Alonso el Sábio que «ningun realengo non pase a abadengo, ni á omes de »orden, ni de religion por compras, ni por manda- »mientos, ni por cambios, ni por ninguna manera que »ser pueda.» El de Uclés, que se guarde en punto á adquisiciones de la Iglesia el de Sepúlveda. El que el mismo rey dió á Toledo que «ningun ome, siquier baron, si »quier muger, non pueda dar nin vender su heredad a »alguna orden» excepto á la iglesia de Santa Maria, »añadiendo: «é la orden que la recibiere piérdala, y »quien la vendiere ó diere pierda los maravedis, y la »hayán los sus parientes.» El de Cáceres concedido por D. Alfonso IX, y que San Fernando reprodujo, prohíbe trasferir inmuebles á regulares, y á las iglesias de otros pueblos, y autoriza al concejo para confiscar lo trasferrido (261). El de Córdoba, otorgado por San Fernando,

(249) Escalona, *Historia del monasterio de Sahagun*, lib. 4, cap. 4.

(250) «Comes Petrus penitentiam et consilium ad salutem saae animae ad eo petivit. Archiepiscopus vero ipsius anime utilitati sagaciter providens condignam ei penitentiam secundum S. S. C. C. decreta injunxit. Ipse autem comes et sua uxor ipsius Archiepiscopi acquiescentes monasterium Corispindo cum tota sua creatione et tota villa B. Jacobo et saae ecclesiae perpetuo possideum contulerunt.» *Historia compostelana*, lib. 2, cap. 69.

En los capítulos 2 y 3 del libro 3.º menciona otros casos semejantes en que el arzobispo arrancó dones á Arias Perez, al conde Pedro de Trava y á la esposa de este Doña Mayor.

Finalmente en el cap. 72, lib. 2.º se lee:

«Quidam praepositus Archiepiscopus spontanea voluntate venit, et cum eo statuit ut medietatem de omnibus rebus quas in ipsa villicatione adquisieret D. Arch. B. Jacobi ecclesiae in perpetuum possidendam concedere; aliam veromedietatem jure hereditario possidendam sibi retineret. Et ipse quidem Arch. solers et discretus has acquisitiones stabiles et inconvulsas volens cartas mercatrices de ipsis acquisitionibus fieri et eas ab illi qui hujusmodi pacta secum statuerat roborari et firmare fecit.»

(251) «Placuit si quis basilicam pro questus cupiditate edificat ut quid quid ibidem de oblatione populi colligitur medium cum clericis dividat. Nullus episcopus abonabili voto consentiat, ut Basilicam quae non pro sanctorum patrocinio sed magis sub tributaria conditione condita, audeat consecrare. Concilio de Braga, cán. 6.

(252) Idem.

(253) San Juan de Ortega fundó un monasterio en la Rioja y en la escritura de su dotacion dijo:

«Et mando et constituo ut omnes parentes meis semper victum et vestitum habebant; et cum consensu canonicorum Martinum Stephani nepotem meum rectorem ejusdem ecclesiae constituto; et post obitum ejus Joannem filium fratris mei.» Florez, *España Sagrada*, 27.

(254) Los del Arzobispo de Santiago, D. Diego Gelmírez, tuvieron que echar mano mas de una vez de ese recurso. En una de ellas acudieron á Doña Urraca diciendo:

«Dominum episcopum habere nolumus, qui nos hactenus oppressit.» *Historia compostelana*, lib. 1.º cap. 15.

No estaban mucho mas satisfechos los vasallos del Abad del monasterio de Sahagun. «Quién dió,» decían en una de sus insurrecciones, «que el abad y monjes se enseñoreen en tan nobles varones y en tan grandes burgueses?... Nos non sufiremos que los monjes glotonos coman é beban é los caballeros del rey mueran de hambre.» Anónimo de Sahagun, cap. 32.

(255) Entre otras las de Toledo de 1462.

(256) Por cierta cuestion que tuvieron el cabildo y el concejo de Tuy, condenó San Fernando á este á 1,000 maravedis de multa. «Yo diera mayor pena, decia al condenarlo, sino porque entendi que el obispo y cabildo hicieron cosas malas y desaguisadas contra el concejo.» Sandobal, *Cinco obispos*.

(257) Así decia en las cortes de Tordesillas de 1401.

(258) Ley 231 del *Estilo*, copiada en la nota 241.

(259) «Y este privilegio que sea confirmado despues de los otros reyes.» Citada ley 231 del *Estilo*.

(260) De la ley 231 del *Estilo* se desprende que el rey de Leon examinó las adquisiciones hechas por la Iglesia, y demandó ó confiscó, las hechas contra la ley comun á Castilla y á Leon de que «realengo non pase á abadengo;» y del párrafo 5.º, tit. 9.º, lib. 1.º del *Fuero Viejo*, que así como en Leon se mandó en Castilla, que si la Iglesia adquiriese contra lo prevenido «deve dexar la eredad con otro tanto de lo suo si lo ouvier, é si non lo ouvier comprelle e dé la valia dello; e los frutos que ende levó pechelos dobrados.»

(161) «Ordinibus et cucullatis et saeculo abrenuntianibus; nam quemadmodum estis ordo prohibet hereditatem vobis dare, vendere, vel pignori obligare, vobis cuoque forum et consuetudo prohibeat cum eis hoc idem.»

manda que «ningun ome varon ó mujer non pueda vender su herdat a alguna orden fueras á Santa María que es catedral de la cibdat;» que la orden que la recibiese por compra ó donacion la pierda y el vendedor el precio; y que se entregue á los parientes de este. Finalmente, los de Mérida, Alarcon, Consuegra, Badajoz, Carmona, Sahagun, Plasencia y Zamora contienen iguales disposiciones.

XXI.

Apenas se encuentran cortes desde las de Nájera y Benavente hasta que el despotismo las desusó, en que los pueblos no clamaron y los reyes no proveyesen contra el engrandecimiento de la propiedad eclesiástica. En las de Jerez de 1268 recordó D. Alonso el Sábio la observancia de lo dispuesto en aquellas. D. Sancho IV decretó en las de Burgos que volviesen á poder de los seglares todas las adquisiciones hechas hasta entonces en contra de la ley. Lo mismo hizo en las de Medina del Campo de 1318 y en las de Valladolid de 1326 don Alfonso XI (262). En las celebradas en esta última ciudad en 1345 mandó tornar al realengo todo lo que la Iglesia había tomado ó comprado sin derecho (263); y que «non pasase hereditat de realengo ni solariego ni bebetria» á lo abadengo... ordenamiento que hicieron siempre los reyes, en las de Alcalá (264). Las de Valladolid de 1351 (265) pidieron á D. Pedro que así como lo había establecido D. Alonso XI «sintiéndose de la mengua é del daño que venia á la su tierra» hiciese salir de manos

(262) «Coleccion de fueros municipales.» de Muñoz y Romero.

(263) «E otro si que non consienta que realengo pase al abadengo é si alguna cosa han tomado ó comprado ge lo mande tomar e tornar al realengo, e que lo non mande dar á otro ninguno.—A esto respondo que lo guardare segun que fué ordenado en Burgos; á los que compraren despues del pleitamiento que hicieron los Perlados mandarlo he tornar luego al realengo, e guardaré en todo mi jurisdiccion. E juro de lo guardar.» Petición 25.

(264) Petición 25 de las cortes de Valladolid de 1351, copiada en la nota 263.

(265) «A lo que dicen que el rey Don Alfonso mi padre que Dios perdone hovo ordenado en las cortes de Alcalá é en las cortes que fizo antes dellas, que non pasase hereditamiento de realengo ni solariego, ni bebetrias á lo abadengo, é este ordenamiento que lo fizo el dicho rey porque lo pidieron todos los de la tierra, é por que los reyes onde yo vengo hicieron siempre este ordenamiento y lo mandaron guardar; e que en lugar de se guardar vino y manera despues por que se acrecentó mas; por que por la gran mortandad que despues acaesció; todos los hombres que se murieron con devociones que hobieron, mandaron gran parte de las heredades que habian a las iglesias por capellanias é por novenarios. Así que despues del ordinamiento de mi padre acá por esta razon é por otras maneras es pasado mayor parte de heredades realengas al abadengo que non eran pasadas de los tiempos de antes. E por ende que el dicho Rey mi padre, estando en la cerca sobre Gibraltar, los ricos hombres e los otros hijos-dalgo de las cibdades, e villas que estaban en su servicio, sintiéndose de la mengua e del daño que por ende venian a la su tierra, e a cada uno de ellos que le pidieron por merced que non consintiese pasar así, é que sobre esto que fué mandado por él, e acordado por los que y eran con él, que se ficiese sobre ello ordenamiento por que las heredades que eran mandadas e dadas a las iglesias en tiempo de mortandad eran muchas que fuese dada la cuantía que valian al tiempo que ovo fecho el dicho ordenamiento á aquellos logares do fueron mandadas las dichas heredades, é que fincasen las heredades realengas como ante eran, e esto que lo pagasen los herederos, e sino que las diesen a otro que los quisiese comprar, e sino que las compren los concejos. E porque el Rey mi padre estaba en aquel menester que non ovo logar para mas hacer, sobre ello pidieronme merced que mande que se faga así, e otro si que todos los hereditamientos que pasaron al abadengo antes de la mortandad e despues aca contra el ordenamiento que dicho rey fizo en Medina del Campo, que tenga por bien é mande que sean tornados á como ante eran, segund se contiene en el dicho ordenamiento: e que para esto que ponga plazo fasta que se cumpla, e si non que lo cumpla yo.—A esto respondo que bien veo que me piden mio servicio: e por ende yo mandaré faser sobre esto en tal manera que mio servicio sea guardado é pro de la mi tierra, e a la Iglesia su derecho.» Petición 33.

de la Iglesia las heredades que por donacion ó legado adquirió durante la epidemia de 1347 á 1750, invitando á los herederos de los donantes ó testadores á que las recobrasen por su precio, y obligando á los concejos á que las comprasen si aquellos no querian hacerlo; como igualmente todas las que habian pasado á su poder desde las Cortes de Medina del Campo hasta aquella fecha. D. Pedro ofreció proveer en «pró de la tierra é á la Iglesia su derecho» y concedió á los señores el de ocupar las heredades que sus vasallos diesen al abadengo (266). A escitacion de las de Toledo en 1461 y Salamanca de 1463 prohibió Enrique IV trasferir juros á la Iglesia sin licencia real. D. Juan II dispuso en las de Valladolid de 1447 que por cada adquisicion pagase el quinto de su valor. Las de Burgos de 1513 manifestaron sus temores de que se convirtiera en eclesiástica toda la propiedad territorial. En las de Valladolid de 1523 se mandó que nadie pudiera vender bienes raices á la Iglesia y que se obligara á esta á enagenar á seglares en un término preciso los que le donaren ó legaren (267). Solicitaron las de la propia poblacion de 1525 que se nombraron visitadores que inquiriesen lo que las iglesias y casas regulares poseian, para prohibir las adquisiciones á aquellas que tuvieran lo suficiente (268). Las de Madrid de 1528 que no se les consintiera allegar mas bienes raices; y las de 1534 que se eievase á un tercio el quinto que fijó D. Juan II. Que se vedara la amortizacion eclesiástica, «porque en breve tiempo seria todo de las iglesias, monasterios y cofradias.» Que se incapacitase á la Iglesia para comprar y para poseer lo adquirido por donacion ó herencia mas que un año, dentro del cual debia enagenarlo, y el gobierno si ella no lo hiciese, las de Madrid de 1552, y las de Madrid tambien de 1563, 1573, 1607, y 1611 y de Valladolid de 1602 hicieron análogas reclamaciones (269).

XXII.

En cuanto á códigos, el FUERO DE LOS FJOSDALGOS, promulgado por D. Alonso VII en 1148, manda que «ningun solariego non pueda vender, nin empenar nin enagenar» bienes raices «salvo á otro solariego» vasallo del mismo «sennor», que los que vayan á vivir al abadengo «non devan levar ningunos bienes» (270), y que en el caso en que por «debdas» hubiera que vender las heredades de algun morador de solar, bebetria ó encartacion no las compre la Iglesia; y autoriza á los señores para entrar lo adquirido por esta en contrario (271). Estableció tambien «pesquisidores» que averiguasen lo que «por compra ó por cualquier otra manera» pasara á su poder del de los fijosdalgos, la bebetria, los solariegos ó el rey, y la obligaran á devolverlo con el duplo (272).

(266) Petición 21.

(267) «Segun lo que compran las Iglesias y Monasterios donaciones y mandas que se les hacen en pocos años podía ser suya la mas hacienda del reino. Suplicamos a V. M. que se de orden... como las haciendas y bienes raices no se enagenen a las Iglesias ni a monasterios, y que ninguno no se las pueda vender, y si por titulo lucrativo las hubiesen que se les ponga término en que las vendan á legos.—A esto vos respondo que se haga así, y mandamos que para ello se den las provisiones que fuesen menester.» Petición 45.

(268) «Y V. M. mande poner dos visitadores, uno clérigo y otro lego... que visiten todos los monasterios y iglesias, y aquello que les pareciese que tienen demás de lo que han menester les manden que lo vendan.—A esto vos respondo... en lo de los visitadores que mandamos a los del nuestro consejo que lo vean y platiquen sobre ello, y lo provean como cumpla a nuestro servicio y al bien de estos reinos.» Petición 18.

(269) «Coleccion de Cortes de los Reinos de Leon y Castilla,» de la Academia de la Historia.

(270) Ley 13, tit. 32 del Ordenamiento de Alcalá.

(271) Ley 27, tit. 32, id.

(272) Ley 39, tit. 32, id.

Sesenta y cuatro años después le prohibió el FUERO VIEJO DE CASTILLA adquirir «de lo del rey, donde él á de aver suos pechos,» ó «los avrie de aver é los podrie perder por aquella carrera» y eso aun cuando las Iglesias y Conventos tuviesen autorización para comprar; porque «debe ser el entendimiento del privilegio» continua una de sus leyes (273), «que compren lo que deven é non lo que non deven... é si lo comprasen que lo pierdan.» Aun á los mismos que no tenían hijos no les era lícito, con arreglo á las disposiciones de este código (274), dejar á la Iglesia mas de la quinta parte de sus bienes. Las «monjas» y los «monjes de religion» estaban incapacitados para «credar ninguna cosa», á no ser «de la buena del padre ó de la madre;» pero debían conservar para que pasase á «suos parientes» después de su muerte las cuatro quintas partes de lo que por tal concepto adquiriesen (275). Así como el *Fuero de los fijosdalgos* establece «pesquisidores» con igual fin y las mismas atribuciones (276); y concede el tanteo y el retracto en todas las adquisiciones eclesiásticas (277).

Haciendo obligatorio el FUERO REAL la prestación del diezmo demostró que la Iglesia no tenía ninguna necesidad de poseer bienes inmuebles, puesto que lo destinaba á las «Iglesias, así como para cruces, é vestimentas, é calices, é libros, é campanas, é para sostenimiento de los obispos... é para los otros clérigos... é otro si para los pobres (278), ó, lo que es lo mismo, á cubrir todas sus atenciones «E para servicio de los reyes y á pro de la tierra cuanto es menester» añade, con lo que sanciona que los gobiernos no tan solo pueden disponer de los bienes eclesiásticos sino de todos los medios de sustentaciones del culto y sus ministros. Previene que los que tengan hijos no puedan «dar por su alma» sino la quinta parte de lo que posean (279); que no testen los que no los tengan «de guisa que el rey pierda su derecho» (280); que á nadie sea lícito legar á «home de religion» (281); que los «fijos ó parientes mas propinquos» del que profesa «hereden todo lo suyo» en el caso que no disponga de ello «fasta un año» (282); que sea lícito ejercitar el tanteo y el retracto en lo que la Iglesia adquiere (283); y no permite que esta se haga dueña de las cosas á no ser por títulos lucrativo y aun así nada mas que cuando le «son dadas derechamente» (284).

Las PARTIDAS en medio de la desmedida amplitud que dieron á la jurisdicción eclesiástica y á la potestad pontificia, limitaron también las adquisiciones de la Iglesia. Después de sentar que los reyes deben atender ante todo á la «procomunal del su pueblo» (285), y no dexar enagenar locamente las cosas de su señorío» (286), le prohíben adquirir en aquellos casos en que le estuviere «defendido» por «privilejos» ó por «cartas» (287); no le reconocen las prerrogativas que le otorgan en lo que no pasa *derechamente* á su poder (288); tan solo la admiten á la herencia de los clérigos que mueren sin testar y no tienen parientes próximos (289); y no permiten edificar ni dotar *Iglesias* sino cuando el aumento de vecindario, peligro de moros ó de fieras, dificultades de

caminos ó la insalubridad de ciertos lugares hagan necesarias otras con mejores condiciones que las existentes (290). Sujetan también la propiedad eclesiástica al pago de los mismos tributos que la de los seglares (291); y exhortan á los clérigos á que no sean «cobdiciosos» (292) ni amigos del lujo (293) y de la adundancia, «por que no conviene á aquellos que han de predicar la pobreza... que lo fagan con las fazes bermejas comiendo é bebiendo mucho» (294).

El ORDENAMIENTO DE ALCALÁ reprodujo las disposiciones mencionadas del FUERO DE LOS FIJOSDALGO (295), las que, así como las que adoptaron el FUERO REAL y los fueros municipales, quiso su promulgador Alonso XI que fuesen observadas *primeramente* que las «leys contenidas en los libros de las siete partidas» (296).

Las LEYES DEL ESTILO ponen en evidencia que á fines del siglo xv (297) estaba aun en observancia lo dispuesto en las cortes de Nágura y Benavente. El realengo no podía pasar á la Iglesia á no ser que tuviese «privilegio, confirmado después por los otros reyes,» ni tampoco los demás *heredamientos* á no ser por donación y en «tales lugares que no fueran «contra el señorío del rey» (298).

Los sucesores de D. Alonso XI continuaron dando leyes contra las adquisiciones de la Iglesia, que habiendo pasado á Nueva y á la *Novísima Recopilación* mantuvieron constantemente en observancia la prohibición de que amortizase y las prerrogativas de la autoridad temporal, hasta que en 1836 dispuso esta de todos sus bienes y la incapacitó para adquirir.

Del tiempo de D. Juan I, es la de la *Novísima* que, así como la del *Fuero Real*, destina el diezmo no tan solo á la Iglesia, sino al «servicio de los reyes y pro de su tierra y de sí quando es menester» (299). De Don Juan II, la que grava con un quinto de su valor las adquisiciones eclesiásticas de inmuebles (300), y la que sanciona que el rey «puede tomar la plata de las iglesias si acaesciese tiempo de guerra ó de gran menester» (301). De los Reyes Católicos las que obligan á pa-

(290) Ley 7, tit. 10, part. 1.^a

(291) Leyes 53 y 55, tit. 6, part. 1.^a

(292) Ley 58, tit. 5, part. 1.^a

(293) Ley 59, tit. 5, part. 1.^a

(294) Ley 56, tit. 5, part. 1.^a

(295) Leyes 15, 27 y 59, tit. 52.

(296) Ley 1.^a, tit. 28.

(297) Tan infundadamente creen los Sres. Laserna y Montalban («Elementos del derecho civil y penal de España,» cap. 5, art. 4.º de la «Reseña histórica») que se publicaron estas leyes en tiempo de D. Fernando IV, como los editores de los «Códigos Españoles» (prólogo de las mismas) que en el de D. Alonso el Sabio.

La ley 197 demuestra claramente que son de los últimos tiempos del siglo xv. «Otro si es á saber, dice, que maguer el rey sea ido del lugar do estaba si fuere ahí la su Chancillería todo cuanto fuese ahí fecho después que el rey es ido dende seyendo ahí la Chancillería...; e los alcaldes mientras ahí estuviese la Chancillería...»

Sabido es que la Audiencia fué creada por D. Enrique II en las cortes de Toro de 1371, como lo prueban las de Ocaña de 1468, en que decían los procuradores á Enrique IV: «El señor Rey Don Enrique el viejo de gloriosa memoria... buscó jueces que tovesen sus veces en el reino a los cuales pusieron nombra oidores... e de ayuntamiento de sanctos se falló el nombre *Abdiencia*;» y por lo tanto hay que convenir en que son posteriores á D. Enrique II, toda vez que hablan de la creación de este.

Pero como en sus primeros tiempos no se conoció con el nombre de *Chancillería* si no con el de *Audiencia*, es evidente que son mas modernas todavía. *Audiencia* la llamó en efecto aquel rey al instituir la en las cortes de Toro; *Audiencia* la llamaron las de Bribeasca de 1387; y *Audiencia* finalmente las de Ocaña. Hasta las de Medina del Campo de 1480 no la vemos designada con el nombre de *Chancillería*; y es de presumir, en su consecuencia, que debieron publicarse en el tiempo intermedio entre las de Ocaña y estas últimas, ó, lo que es lo mismo, entre 1468 y 1480.

(298) Ley 251.

(299) Ley 2, tit. 6, lib. 1.º

(300) Ley 12, tit. 5, lib. 1.º

(301) Ley 8, tit. 5, lib. 1.º

(273) Lib. 1.º, tit. 1.º, párr. 3.º

(274) Lib. 5.º, tit. 2.º, párr. 1.º

(275) Lib. 5.º, tit. 2.º, párr. 2.º

(276) Lib. 1.º tit. 9, párr. 5.

(277) Lib. 4.º, tit. 1.º, párr. 4.

(278) Ley 4, tit. 5, lib. 1.º

(279) Ley 10, tit. 5, lib. 5.º

(280) Ley 1.º, tit. 4, lib. 5.º

(281) Ley 11, tit. 5.º, lib. 5.º

(282) Ley 11, tit. 4, lib. 5.º

(283) Ley 15, tit. 10, lib. 5.º

(284) Ley 1.º, tit. 5.º, lib. 1.º

(285) Ley 9, tit. 1.º, part. 2.º

(286) Inicial del tit. 14, part. 1.º

(287) Ley 53, tit. 6, part. 1.º

(288) Ley 1.º, tit. 11, part. 1.º

(289) Ley 4, tit. 21, part. 1.º

gar la alcabala, además del quinto, en las compras y no en las ventas de la Iglesia (302), y prohíben á los regulares de la Trinidad y de la Merced exigir, como lo tenían por costumbre, los bienes de los que morían sin testar, los legados inciertos, y donaciones de las testamentarias de aquellos que nada les dejaron (303). De Carlos II la que manda *detener la mano* en la concesión de licencias para fundar conventos porque se habían dado ya *mas de lo que era justo* (304). De Felipe II la que veda á los obispos compeler á fundar capellanías á los que ordenan (305). De Felipe V las que dejan los bienes á las comunidades que siguieron el partido de los rebeldes fundándose, no en que el gobierno careciese de atribuciones para confiscarlos, sino en el *indulto general* que se otorgó (306), y sugetan al pago de contribuciones á la propiedad que adquiriese la Iglesia (307). De Carlos III, las que declaran nulas las mandas hechas *en la enfermedad de que uno muere* á su confesor sea clérigo ó religioso, ó á sus parientes, Iglesia ó religion, porque «la ambición humana «había» llegado á corromper aun lo mas sagrado, y muchos confesores olvidados de su conciencia inducían» á los penitentes, y lo que es mas, á los que estaban en artículo de muerte á que les dejasen sus herencias con título de fideicomisos ó con el de distribuirlas en obras pías ó aplicarlas á las iglesias ó conventos de su instituto fundar capellanías y otras disposiciones piadosas» (308); provienen que por ningún caso se admitan instancias de manos muertas para la adquisición de bienes aunque vengan vestidas de la mayor piedad y necesidad «para evitar» los intolerables daños «que se guían» á la causa pública de que á título de una piedad mal entendida, se vaya acabando el patrimonio de los legos (309); ponen en vigor en el *reino de Córdoba* las disposiciones del fuero que San Fernando concedió á aquella ciudad (310), y mandan pagar tributos *reales* y *vecinales* por los bienes eclesiásticos, y á los clérigos los mismos que pesaban sobre los seglares por lo que *compraren para revender, por las tabernas que se les tolerasen* y por otros conceptos (311). Y, en último término de Carlos IV las que recargan las adquisiciones de la Iglesia con un 15 por 100 aparte del quinto y de la alcabala, *como una pequeña recompensa del perjuicio que padece el público* (312); le prohíben hacerla de bienes raíces y de censos sobre los mismos en Valencia (313); mandan devolver los que por *cualquier título* le trasfieren sin licencia real á los parientes del que se los transfirió (314), y exigen permiso del gobierno para la fundación de capellanías (315).

XXIII.

Pero á pesar de estas disposiciones continuó creciendo la amortización, y á fines del siglo XVIII se hallaba en poder de la Iglesia la cuarta parte de los inmuebles de todo el orbe católico: resultado que se explica por los constantes esfuerzos del clero para eludir esas leyes y por la inalienabilidad de los bienes eclesiásticos, y en segundo lugar por la tolerancia que hicieron tener en diversas épocas á las autoridades civiles no tan solo el poderío de la Iglesia y de los papas, sino la creencia

de que el año 1000 era el último del mundo, las cruzadas, el doble carácter de los obispos bajo el feudalismo, la institución de las órdenes militares, y las falsificaciones ultramontanas; á lo que hay que añadir en España, además de los servicios del clero en la reconquista, el espíritu creado por esta, la *mortandad grande* del siglo XIV, y el papel que aceptaron Carlos V y sus sucesores de enemigos de la Reforma.

Por lo que en nuestra patria sucedía, puede juzgarse del desarrollo que llegó á adquirir la propiedad eclesiástica. En 1764 poseía la Iglesia 12.209.053 yugadas de tierras cultivables (216), y en 1797 inmuebles por valor de 10.000.000.000 de reales (317), sin contar el que pudieran tener 9.000 conventos de religiosos, 988 de monjas, los palacios episcopales y las casas y *mansos* de los párrocos. Si se añade á los rendimientos de esa propiedad, los beneficios que obtenía el clero, especialmente el regular, comerciando con los frutos y los que le dejaban numerosas ganaderías, los 150.000.000 que importaba el diezmo (318), las primicias, los derechos de estola y pie del altar, los devengados en las oficinas de los obispos y arzobispos, las *agencias* de los regulares (319), y la exención de diezmos y contribuciones, es fácil también formar idea de las riquezas de los eclesiásticos, que, no obstante, debían creerlas insuficientes cuando acudían además á la limosna (320).

Grandes males resultaban de tantos bienes á la Iglesia. Las capellanías aumentaron el clero secular con 35.844 capellanes *suellos* (221), que como no tenían que hacer se cuidaban mas de las cosas humanas que de las divinas; y los regulares desatendiendo sus reglas *andaban vagueando en comercio y grangerías con relajación suya, deshonor de su instituto y daño de los pueblos* (322). Tampoco presidía la justicia á su distribución; en tanto que los obispos, los prebendados y los regulares nadaban en la abundancia, se veía el clero parroquial en la miseria (323).

Pero los que se seguían al estado eran intolerables. Hallándose en poder no de dueños sino de administradores sobradamente ricos, estaba la propiedad territorial de la Iglesia tan mal cultivada y falta de mejoras que apenas producía el 1 y medio por 100 (224). Con

(316) Representación del fiscal del Consejo de Hacienda, don Francisco Carrasco, á Carlos III, sobre la necesidad de limitar las adquisiciones de manos muertas, y expediente formado en su virtud en el Consejo de Castilla.

(317) Sempere y Guarinos, «Historia de los vínculos y mayorazgos, cap. 29.

(318) Representación del fiscal del Consejo de Hacienda y expediente citados en la nota 316.

(319) No tan solo se dedicaban con afán al lucro en toda clase de negociaciones, como lo demuestran las leyes 5, 6, 7 y 8, título 27, y 9, tit. 5.º, lib. 1.º de la *Novísima Recopilación*, entre otras muchas que se pudieran citar, llegando hasta á tener tabernas en que ellos mismos vendían vino. (Campomanes, «Tratado de la regalia de amortización, cap. 2.º, nota al párr. 29), sino que se convertían por precio en «agentes, procuradores y solicitadores» de lo que resultaba «relajación del estado y menos estimación y decencia de sus personas. (Ley 1.ª, tit. 27, lib. 1.ª *Novísima Recopilación*.)

(320) Varias veces tuvieron los reyes que prohibir la exacción de esta y dar reglas acerca de que institutos religiosos podían únicamente pedirla, como lo demuestran las leyes 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11, tit. 28, y 4 y 5, tit. 29, lib. 1.º de la *Nov. Recop.*; pero nunca consiguieron su objeto: los eclesiásticos continuaron menguando también por este medio «la subsistencia y los recursos del pueblo laborioso.» (Jovellanos, «Informe sobre la ley agraria.»)

(321) Jovellanos, «Informe sobre la ley agraria,» nota 22.

(322) Ley 5.ª, tit. 27, lib. 1.º de la *Nov. Recop.*, y 6.ª del mismo título y libro.

(323) Breve de S. S. de 8 de enero de 1795 inserto en la ley 14, tit. 6.º, lib. 1.º de la *Nov. Recop.*

(324) «¿Cuál es aquella provincia en que la mayor y mejor porción de la propiedad territorial no esté amortizada? ¿Cuál aquella en que el precio de las tierras no sea tan enorme que su rendimiento apenas llegue al uno y medio por ciento? ¿Cuál aquella en que las heredades no estén abiertas, sin población, sin árboles, sin riego ni mejoras?» Jovellanos, «Informe sobre la ley agraria.»

(302) Leyes 8 y 9, tit. 6, lib. 1.º

(303) Leyes 2 y 3, tit. 28, lib. 1.º

(304) Ley 1.ª, tit. 26, lib. 1.º

(305) Ley 1.ª, tit. 12, lib. 1.º

(306) Ley 15, tit. 5.º, lib. 1.º

(307) Ley 14, tit. 5.º, lib. 1.º

(308) Ley 15, tit. 20, lib. 1.º

(309) Ley 17, tit. 5.º, lib. 1.º

(310) Ley 21, tit. 5.º, lib. 1.º

(311) Ley 19, tit. 5.º, y 15, tit. 9.º, lib. 1.º

(312) Ley 18, tit. 5.º, lib. 1.º

(313) Ley 20, tit. 5.º, lib. 1.º

(314) Idem.

(315) Ley 6, tit. 15, lib. 1.º

la escasez, que las manos muertas aumentaban sin cesar, adquirió la de toda España un valor desproporcionado á sus rentas, y como la exención de diezmos y contribuciones daba á la Iglesia el 30 por 100 de ventaja (325) y podía, en su consecuencia, esponder los frutos, ganando, á precios verdaderamente ruinosos para los labradores, al mismo tiempo que abastecía los mercados con su gran recolección, tuvieron los seglares que ir dejando el cultivo. La ruina de la agricultura ocasionó la de la industria y la del comercio, las tres la pobreza general y esta la emigración. No se via por todas partes mas que tierras de labor abandonadas, grandes despoblados, aldeas desiertas, villas que estaban *casi por el suelo* y que habian perdido *la mitad*, cuando no mayor parte, de sus vecinos (326), y «ciudades, dice Jovellanos (327), antes populosas y llenas de fábricas y talleres, de almacenes y tiendas, y entonces solo pobladas de iglesias, conventos y hospitales que sobrevivian á la miseria que causaron.» La hacienda se resentia de la pobreza nacional; á las bancarrotas de Felipe II sucedieron los déficits de Felipe III, y á estos la deuda pública cuyos intereses absorbían, con grave daño de todas los servicios administrativos, una buena parte de los 600.000,000 que aduras penas se recaudaban.

XXVIII.

No bastaba ya prohibir las adquisiciones á la Iglesia; era necesario adoptar otros medios que sacasen á los Estados de tan angustiosa situación; y economistas y jurisconsultos, legos y eclesiásticos, entre los que se cuentan en España, Campomanes y Jovellanos, el obispo Manrique y el canónigo Navarrete (328), propusieron la devolución á los seglares de los bienes amortizados por aquella, cosa que los gobiernos se encargaron de realizar.

Antes de entonces habian dispuesto en varias ocasiones de bienes eclesiásticos. Suprimida la orden de los Templarios, se hizo dueño Felipe el Hermoso de los inmuebles que tenia en Francia; espuesto queda lo común que fué declarar confiscados los que la Iglesia adquiria en contra de las leyes; la reforma acabó con la propiedad de esta en todos los países donde la admitieron; Carlos II tomó en 1697 la plata de las iglesias para invertirla en gastos del Estado (329); «usando» Carlos III de la suprema autoridad económica que el «Todopoderoso habia depositado en «sus» manos para la «protección de «sus» vasallos, «se incató de» todos los «bienes y efectos así muebles como raíces» que los jesuitas poseían en los dominios españoles al espulsarlos de ellos (330); y de una ley de la *Novísima Recopilación* (331), consta que en tiempo de Carlos IV tenia el Estado bienes que habian sido *confiscados* á la Iglesia

(325) «Las esenciones de diezmos unidas á la de tributos en las cosechas, dan una ventaja considerable á las manos muertas...; pues cuando les rinden la esención la décima parte por razon del diezmo, y otro décimo por razon de tributos de las cosechas, tienen respecto á los labradores seglares un veinte por ciento de ventaja...; y si se añade la esación de tributos personales y cargas concegiles... y por ella otro diezmo, resulta un treinta por ciento á su favor.» Campomanes, «Tratado de la regalía de amortización», cap. 20, párr. 99.

(326) Manrique, «Socorro que el Estado eclesiástico de España parece podía hacer al Rey nuestro señor con provecho mayor suyo y del reino», cap. 3.

(327) «Informe sobre la ley agraria.»

(328) «Tratado de la regalía de amortización.—Informe sobre la ley agraria.—Socorro que el estado eclesiástico de España parece podía hacer al rey nuestro señor con provecho mayor suyo y del reino.—Conservación de monarquías.»

(329) Weis, «España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones», part. 2, cap. 2, art. 3.

(330) Ley 3, tit. 26, lib. 1.º Nov. Recop.

(331) Ley 20, tit. 5.º, lib. 1.º

por los *visitadores de amortización* del reino de Valencia, funcionarios que sucedieron á los *pesquisidores* de Leon y de Castilla.

Pero á fines del siglo XVIII comenzaron á poner en venta todos los de la Iglesia y á inhabilitarla para adquirir. La Asamblea nacional de Francia abrió el camino á petición del obispo de Autun (332), y el gobierno de España la siguió mucho antes que los de las otras naciones, mandando vender en 1798 los *restos* de los *bienes y efectos* de los jesuitas «para que sirviesen á la «conservación del Estado, á quien propiamente pertenecian» (333), y en virtud de su «indisputable autoridad soberana y para extinguir la deuda pública, todos los bienes raíces pertenecientes á hospitales, hospicios, casas de misericordia, de reclusión y de expósitos, cofradías, memorias, obras pías y patronatos de «legos,» y redimir los censos pertenecientes á estas fundaciones (334). Autorizó al mismo tiempo á los encargados de la administración de aquellas en que hubiera *patronato activo ó pasivo de sangre*, para que procedieran á la enagenación de los bienes, y escitó á los obispos á fin de que *por un efecto de su celo por el bien del Estado* promoviesen la de todos los de «capellanías» «colativas ú otras fundaciones eclesiásticas.» El precio, así de los que enagenaba el Estado como los poseedores, debía imponerse en la *real caja de amortización* al 3 por 100 (335).

Grande fué la oposición que hicieron los eclesiásticos, pero á pesar de ella ingresaron en pocos años en el Tesoro mas de 2.000.000,000 de reales (336).

Resoluciones posteriores, que siguieron las vicisitudes de la causa liberal, ampliaron estas, y en 1836 dispuso el gobierno de todos los bienes inmuebles de la Iglesia y de los muebles del clero regular y la incapacitó para adquirir. El Concordato de 1851 hizo cesar la incapacidad, pero mandó que continuara la venta de aquellos bienes, acordada por el gobierno, y entonces suspendida, si bien disponiendo que fuesen los preladados, aun cuando con intervencion de personas nombradas por la autoridad temporal, los que hubieran de venderlas en subasta pública, y que se invirtiese su producto en inscripciones de la Deuda del Estado del 3 por 100 (337). En 1855 recobró el gobierno su derecho de disponer de los bienes eclesiásticos, de que ha venido á privarle nuevamente el último convenio con la Santa Sede. Jamás han admitido las leyes españolas los principios contrarios á las facultades de la potestad temporal que en este tratado se sancionan; comienzan por sentar que es *necesaria la autorización* del Papa para que el gobierno pueda disponer de los bienes de la Iglesia, y concluye por *reconocer* á esta «su «libre y pleno derecho para adquirir, retener y usufructuar en propiedad y sin limitación ni reserva toda «especie de bienes y valores.» Pero no obstante, previene que los obispos *permuten* con el gobierno los bienes no vendidos devueltos á la Iglesia por titulos de la Deuda pública (338).

XXI.

Las obras de los Santos Padres, vienen en apoyo de las facultades de los gobiernos. Ellos fueron los primeros en reconocer que si la Iglesia adquiria, no era por derecho propio, sino por concesión de las leyes civiles.

«¿Poseemos por derecho divino ó por el humano?»

(332) Thiers, *Revolucion francesa*, t. 1.º, cap. 4.º

(333) Ley 24, tit. 5.º, lib. 1.º de la Nov. Recop.

(334) Ley 22, tit. 5.º, lib. 1.º de la Nov. Recop.

(335) Idem.

(336) Sempere y Guarinos, «Historia de las rentas eclesiásticas.»

(337) Art. 33.

(338) Art. 1, 3, 4 y siguientes.

dice San Agustín (339). «El divino es el que se nos ha dado en las sagradas escrituras; el humano, el establecido por la ley civil. ¿Y por cuál poseemos? por el humano. Por derecho divino, todo es de Dios; y sin embargo decimos, esto es mío. ¿Y con qué derecho? Con el civil.» Declararon asimismo que tenía que someterse á las disposiciones que la autoridad temporal juzgase oportuno adoptar acerca de su posesión. «Si no quereis tener que obedecer al César, decía San Ambrosio (340), no poseáis. Poseyendo teneis que obedecerlo. El único medio de haceros independiente, es dejar lo que poseéis y seguir á Cristo.» Y según San Agustín (341) la Iglesia debe prestar obediencia á las leyes civiles en todo lo que no sea espiritual. En último término, creyeron que los gobiernos podían disponer con toda libertad de los bienes eclesiásticos. «Si el emperador quiere apropiarse nuestros bienes, decía también San Ambrosio (342), facultad tiene para hacerlo; ninguno de nosotros le opondrá la menor resistencia.»

XX.

Finalmente, ni aun la misma legislación eclesiástica desconoce los derechos de la potestad temporal. Examinándola con detenimiento, se observa que no contiene prescripción alguna que vede á los gobiernos, disponer de los bienes eclesiásticos, gravarlos con tributos, ni prohibir las adquisiciones á la Iglesia.

Verdad es que aun cuando la contuviesen no sería obstáculo para que dejaran de hacerlo, pues es principio universalmente reconocido (343) que ningún poder extraño á la nación puede darle leyes en asuntos temporales, y que son nulas si las dicta; pero ni ese recurso queda á los enemigos de la potestad secular.

Así se vé; en cuanto á lo primero, que si los cánones prohíben enagenar los bienes eclesiásticos, es á los clérigos, no á las naciones (344); que los concilios lateranenses 1.º y 2.º (345), y los de Reims, (346), Thours, (357) y Trento (348), reprueban tan solo la *invasión violenta, la usurpación y la inversión en provecho personal* de esos bienes, y no hablan de la autoridad temporal que, por otra parte, ni los invade violentamente, ni los

usurpa, ni los invierte en provecho personal cuando dispone de ellos, sino de las personas; y que la célebre constitución de Bonifacio VIII (349) no alude á los gobiernos ni á todos los bienes de la Iglesia, sino á aquellos que impedían comprar los frutos de la propiedad de la Iglesia, y vender á los clérigos las cosas necesarias para su sustentación. En cuanto á lo segundo, que los concilios 3.º y 4.º de Letran (350) se oponen únicamente á la exacción de los tributos personales, y que las constituciones de Bonifacio VIII (351) y Benedicto XI (352), están modificadas por la de Clemente V. (353). Finalmente, en cuanto á lo tercero, que los cánones que conceden á la Iglesia la facultad de adquirir, están subordinados al caso en que las leyes civiles lo consientan, y que el *Decreto* de Graciano reconoce (354) que los gobiernos pueden legislar sobre la propiedad eclesiástica.

XXI.

Si pues no hay exención alguna en favor de los bienes de la Iglesia, es absurdo dudar que los gobiernos puedan disponer de ellos del mismo modo que de los que se hallan en poder de las otras corporaciones y de los particulares.

Pero no es condición indispensable para que lo hagan que sustituyan otros medios de sustentación del culto y sus ministros. Nunca han tenido aquel ni estos únicamente los bienes con tal carácter, ni es de esperar tampoco que los tengan; á las ofrendas sucedieron los diezmos y á ellos las consignaciones y los sueldos. Disponiendo los gobiernos de la propiedad de la Iglesia no la dejan indotada; disminuirán sus medios de sustentación, pero ya se ha visto que Jesucristo los autorizó para fijar la cantidad de esta. Tan solo en el caso de que carecieran de otros recursos suficientes estarían obligados á hacer la sustitución.

RICARDO CHACÓN.

EL BALSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

De Doña Angela Grassi

El pobre joven necesitaba desahogar el dolor inmenso que le apremia el corazón, soltó un suspiro, y dijo con acento ahogado.

—¡Me han despedido sin piedad! ¡Me han insultado sin compasión!

—¡Gámbara!

¡Gámbara, sí! ¡Oh Dios mío, cuánto he sufrido! ¡cuánto sufrí al pensar en la suerte que nos espera!

Virginia se había pactado de ser fuerte, tal vez era una presunción, porque su mano tembló entre las de su hermano.

—¡Ay, que no lo oiga el niño! exclamó luego con angustia.

Pero Nicolás seguía tan inmóvil como antes, solo que al través de sus párpados cerrados se desbordaba una lágrima que se deslizó pausadamente por su pálida mejilla.

—¡Ay, aun durmiendo llora! exclamó Claudio con plañidero acento.

(349) «Eos qui temporale dominium obtinentes suis subditis, ne prelates, aut clericis, seu personis ecclesiasticis quidquam vendant, aut emant aliquid ab eisdem, neque ipsis blandum molant, coquant panem, aut alia obsequia exhibere presumant aliquando interdiciunt (cum talia in derogationem libertatis ecclesiastice presumantur) eo ipso excommunicationis sententia decernimus subiacere.» Cap. fin. «de immunitate eccles.» 6.

(230) Cánones 19 y 46 respectivamente.

(331) Cap. 3, tit. 23, lib. 6, *Decretales*.

(332) *Estravagantes*, única, tit. 13, lib. 3.º, comunes.

(333) *Clementinas*, única, tit. 17, lib. 3.º

(334) Causa 11, quest. 1.ª, cánones, «si quæ causa, 26, y sicut 30.»

(339) «In Joann.» cap. 1, trac. 6. Y añade:

«Noli dicere quid mihi et regi? Quid tibi, ergo, et possessionis? Per jura regum possidentur possessiones. Dixisti, quid mihi et regi? Noli dicere possessiones tuas: quia ipsa jura humana renuntiasti, quibus possidentur possessiones.»

(340) «Si vis obnoxius esse Cæsari noli habere quæ mundi sunt. Sed si habes divitias obnoxius est Cæsaris si vis nihil debere regi terreno relinquare omnia tua et sequere Christum.» Libro 10, San Lucas, cap. 20.

(341) «Apostólica doctrina est ut omnis anima potestatis sublimioribus subdita sit, et reddantur omnibus omnia, cui tributum tributum, cui vectigal vectigal et cætera quæ salvo Dei nostri cultu constitutionis humane principibus reddimus.» De Catechizandis rudibus.

(342) «Opera» tomo 2, pag. 872 de la edición de 1686, *Contra Auxenc.*

(343) Hasta por las mismas Partidas.

«Emperador ó rey puede hacer leyes sobre las gentes de su señorío, e otro ninguno no ha poder de las hacer en lo temporal... E las que de otra manera fueren fechas no han nombre ni fuerza de leyes, ni deben valer en ningún tiempo. Ley 12, tit. 1.º, part. 4.

(344) Concilios 4.º de Cartago, cán. 52, y 5.º, cán. 4; y también el *Decreto*, cán. 20, caus. 12, quest. 2.ª, y las *Decretales*, cap. 2, tit. 19, 2 y 5, tit. 24, 9, tit. 34, y 9, tit. 13, lib. 3.º

(345) Cánones 14 y 10 respectivamente.

(346) Cánones 3 y 4.

(347) Cán. 3.

(348) Sesión 22, cap. 11, de *Reforma*.

No cabe la menor duda acerca del sentido de este capítulo. Pero si alguna pudiese ocurrir bastaría á desvanecerla la respetable autoridad del cardenal Pallavicini que en su *Historia del concilio de Trento* (libro 18, cap. 6, núm. 14), asegura que los padres tridentinos no se propusieron otro objeto que poner dique á las usurpaciones que violentamente hacían algunas personas de los bienes eclesiásticos.

Hubo un momento de silencio.

—Y bien! Dios es padre! exclamó la joven haciendo un esfuerzo para sobreponerse á su emocion. Cuando una puerta se cierra, se abren ciento. Esperemos Dios es padre!

—Pero es que yo he tenido la culpa! Es que yo he sido flojo y perezoso estos últimos dias! Ay que dirá mi madre! mi triste y desdichada madre!

—Ella repetirá, las palabras de Virginia, dijo una mujer de mediana edad; pero sumamente avejentaba por los padecimientos, viniendo á colocarse entre los dos jóvenes. Espéremos ¡Dios es padre!

Esta era la bondadosa Lorenza, la que habia sido el modelo de las esposas, la que era el modelo de las madres la que tenia la fortaleza y la abnegacion de una santa, la digna compañera del médico Martínez.

No te aflijas, hijo mio, añadió dando golpecitos en la espalda de Claudio. Estos dias has sido flojo, porque has estado enfermo! Dios que te ha quitado momentáneamente las fuerzas para trabajar, nos dará el remedio.

Tranquilízate, ¿no hemos vivido hasta ahora?

—Mira, dijo Virginia, pasando un brazo alrededor del cuello de su hermano, yo estoy acabando estas camisas.

—Y para hoy ya tenemos! añadió Lorenza con tono triunfante, haciendo sonar dos monedas de plata que traia en la mano.

—Claudio entregó á su madre su pequeño tesoro.

—Es un regalo que me ha hecho la esposa del notario, dijo conmovido. Pobre señora! cuanto se lo agradezco! Pero decid bien: ya tenemos para hoy, y mañana yo hallaré algun otro abogado que me dé trabajo.

Claudio tenia la imaginacion exaltada y la candidez de un niño; tan pronto se abandonaba á la desesperacion como á la esperanza.

Las palabras de su madre y de su hermana, le habian devuelto la energia y su acento era entusiasta.

Otra lágrima se deslizó de los cerrados párpados de Nicolás.

—Hijo mio, exclamó Lorenza avalanzándose hácia él, hijo mio! Nicolás pareció despertar, y se restregó los ojos con las manos.

—¡Sufres! repitió su madre con ese tono de vivísimo interés que solo poseen las madres.

—No, dijo el niño, soñaba!

—Y qué soñabas? preguntó Virginia riendo.

—Soñaba que estaba en el campo, dijo aturdidamente Nicolás.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, pareció arrepentirse.

—No, y no me gustaba estar allí, balbuceó confuso, el campo es triste, es muy triste! Prefiero estar en este cuartito, con mis dibujos y oyendo cantar á mi hermanita.

Lorenza suspiró; bien conocia el valor de aquella piadosa mentira. Hacia muchísimos meses que el pobre niño no habia salido al campo. Sus débiles piernas no le permitian andar.

Sin embargo, le gustaba, le gustaba con delirio. Cuando rodeado de árboles y de flores, parecia renacer á nueva vida; se hallaba pero su madre y sus hermanos hubieran sufrido mucho al saber que tenia un deseo que no podian realizar, y el pobre Nicolás siempre hablaba del campo con desprecio.

Y esta abnegacion era tanto mas notable en él, cuanto tenia una imaginacion de fuego y un carácter impaciente. A pesar de su postracion, á pesar de su forzosa dependencia, á voces estallaba la turbulencia de sus pasiones, y su arrebatada cólera no encontraba dique en la reflexion ni la pruden-

cia. Su alma, empero, era buena, y cuando acertaba á dominarse, llevaba la abnegacion hasta el heroísmo.

Lorenza en premio de su generosa mentira le dió un beso. Virginia y Claudio la imitaron, y aquellos cuatro amorosos seres, quedaron confundidos en un solo abrazo. Una cabeza blanca vino á colocarse en medio de aquel grupo. Era la venerable abuela, que habia salido con toda la ligereza que la permitian sus piernas, al oír las voces reunidas de sus hijos. Se llamaba Severa y era madre de Lorenza; pero jamás ningun nombre habia concordado peor con la persona que lo llevaba. La buena anciana tenia una fisonomia abierta y riante, animada siempre por una grata expresion de benevolencia y de alegría. Pertenecia por su fortuna á la generacion anterior, menos pensadora ó menos combatida por el torbellino de las pasiones que la nuestra. Severa, con sus ochenta años, tenia mas candidez que un niño de seis en la época presente, y se inquietaba menos del porvenir, dejándolo llena de confianza en manos de la Providencia. Habia vivido santamente. Habia conservado en una intachable pureza el corazon y la lengua, y su sueño era apacible y tranquilo, y aguardaba sin temor que la sorprendiese la muerte.

Agena á los combates de la vida, en los cuales nunca habia tomado una parte activa, modesta en sus deseos, solo una cosa la contrariaba, y era no poseer algun dinerillo para hacer cariñosos regalos á sus nietos.

Pero acostumbrada á sobreponerse á todas sus necesidades, aun esta privacion, la mas dolorosa de todas, la soportaba con resignada fortaleza. Bien es verdad que la piadosa familia procuraba ocultarla cuidadosamente sus disgustos, y la buena vieja, que se acostaba muy temprano y se levantaba muy tarde, casi nunca se apercibia de los sufrimientos y escaseces que apuraban á Lorenza y sus dos hijos mayores. La pobre madre tambien hubiera querido que los ignorase Nicolás, pero este pertenecia á la generacion presente, y pensaba acaso con demasiado escaso.

—¿Qué es esto, de qué se trata? dijo la vieja anciana con su aire placentero.

Lorenza la dió por detrás un manojito de guindas.

—¡Bien hacia yo en confiar en Dios! dijo su madre palmo-teando de alegría. Porque vosotros no sabeis: hace dos horas que estoy en acecho á la ventana de la cocina. Hay un pajarillo que volotea en el tejado, y queria que entrase, para regalárselo á mi pequeño Nicolás. Le he estado echando miguitas de pan, pero todo ha sido inútil... llegaba hasta el borde de la ventana, cual si quisiera burlarse de mí, y luego echaba á volar... No he podido cogerle, cuando hé aquí que Dios pone en mi mano, no sé cómo, estas hermosísimas guindas... Mira, Nicolás, mira lo que te ha regalado tu abuela.

Y puso las rubias frutas junto á las pálidas mejillas de Nicolás.

Este dudaba en tomarlas. Parecia tener un remordimiento de aprovecharse de la liberalidad de su abuela, en perjuicio de sus dos hermanos. Virginia adivinó su pensamiento.

—Tómalas, tómalas, dijo con efusion; pero danos una á cada uno, es decir, una Claudio y otra á mí.

El niño puso en ejecucion esta idea con apresuramiento, y Severa soltó una prolongada carcajada de alegría al ver el contento de sus nietos.

En aquel instante llamaron á la puerta.

Los actores de esta escena se miraron unos á otros sobresaltados. ¡Ay, para el desdichado, cualquiera pequeño incidente, es presagio de una nueva desventura!

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imp. de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de R. Berengüillo
Magdalena, 38 principal.